

Mdvsrs JCB Sabw-16. 108139
WPS 17/10/08 C-1

El Burlador de Sevilla y Convidado de Piedra

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARIO
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
RECINTO DE RIO PIEDRAS

PERSONAJES

DON DIEGO TENORIO, *viejo.*
DON JUAN TENORIO, *su hijo.*
CATALINÓN, *lacayo.*
EL REY DE NÁPOLES.
EL DUQUE OCTAVIO.
DON PEDRO TENORIO.
EL MARQUÉS DE LA MOTA.
DON GONZALO DE ULLOA.
EL REY DE CASTILLA.
DOÑA ANA DE ULLOA.
FABIO, *criado.*
ISABELA, *duquesa.*
TISBEA, *pescadora.*
BELISA, *villana.*
ANFRISO, *pescador.*
CORIDÓN, *pescador.*
GASENO, *labrador.*
BATRICIO, *labrador.*
RIPIO, *criado.*
AMINTA, *villana.*

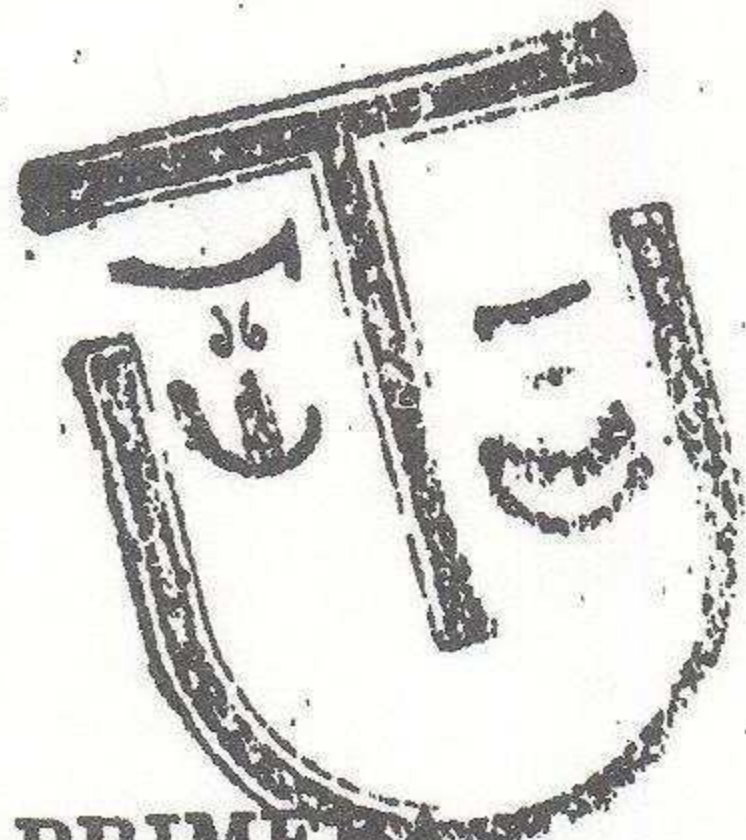
REPRESENTÓLA ROQUE DE FIGUEROA

sutiliza que agora tiene, basta para hacer escuela de por sí y para que los que nos preclamos de sus discípulos nos tengamos por discípulos de tal maestro, y defendamos constantemente su doctrina contra quien con pasión la impugnare. Que si él, en muchas partes de sus escritos, dice que el no guardar el arte antiguo lo hace por conformarse con el gusto de la plebe —que nunca consintió el freno de las leyes y preceptos—, dícele por su natural modestia y porque no atribuya la malicia ignorante a arrogancia lo que es política perfección. Pero nosotros, lo uno por ser sus profesores y lo otro por las razones que tengo alegadas (fuera de otras muchas que se quedan en la plaza de armas del entendimiento), es justo que a él, como reformador de la comedia nueva, y a ella, como más hermosa y entretenida, los estimemos, lisonjeando al tiempo para que no borre su memoria.»

«—¡Basta!, dijo don Juan; que habiendo hallado en vos nuestra española comedia caballero que defiende su opinión, habéis salido al campo armado de vuestro sutil ingenio, él queda por vuestro, y ninguno osa salir contra vos, si no es el sueño, que afilando sus armas en las horas del silencio —pues, si no miente el reloj del Hospital de Afuera, son las tres—, a todos nos obliga a rendirle las de nuestros sentidos. Démosle treguas ahora para que, descansando, prevengan mañana nuevos entretenimientos.»

Hiciéronlo así, quedando avisada Narcisa para la fiesta que en el Cigarral de su suerte, de allí a ocho días le tocaba. Y despedidos los huéspedes que gustaron de volver a la ciudad, los demás en las capaces cuadras (1) se retiraron, si diversos en pensamientos y cuidados, convenidos a lo menos en recoger, puertas adentro del alma, sus pasiones.

(1) Habitaciones.



JORNADA PRIMERA

Salen DON JUAN TENORIO y ISABELA, duquesa

ISABELA. Duque Octavio, por aquí
podrás salir más seguro.

D. JUAN. Duquesa, de nuevo os juro
de cumplir el dulce sí.

ISABELA. ¿Mis glorias serán verdades,
promesas y ofrecimientos,
regalos y cumplimientos,
voluntades y amistades?

D. JUAN. Sí, mi bien.

ISABELA. Quiero sacar
una luz.

D. JUAN. Pues ¿para qué?

ISABELA. Para que el alma dé fe
del bien que llevo a gozar.

D. JUAN. Mataréte la luz yo.

ISABELA. ¡Ah cielol! ¿Quién eres, hombre?

D. JUAN. ¿Quién soy? Un hombre sin nombre.

ISABELA. ¿Que no eres el duque?

D. JUAN. No.

ISABELA. ¡Ah de palacio!

D. JUAN. Detente:

dame, duquesa, la mano.

ISABELA. No me detengas, villano.

¡Ah del rey! ¡Soldados, gente!

tan gran traición en España
con otra noble mujer,

sino en Nápoles también
y en el palacio real,
con mujer tan principal?
¡Castíguete el cielo, amén!

Tu padre desde Castilla
a Nápoles te envió,
y en sus márgenes te dió
tierra la espumosa orilla
del mar de Italia, atendiendo
que el de haberte recibido
pagaras agradecido,
¡y estás su honor ofendiendo
y en tal principal mujer!
Pero en aquesta ocasión
nos daña la dilación;
mira qué quieres hacer.

D. JUAN. No quiero daros disculpa,
que la habré de dar siniestra.
Mi sangre es, señor, la vuestra;
sacadla, y pague la culpa.

A esos pies estoy rendido,
y ésta es mi espada, señor.

D. PED. Alzate y muestra valor,
que esa humildad me ha vencido.
¿Atreveráste a bajar
por ese balcón?

D. JUAN. Sí atrevo,
que alas en tu favor llevo.

D. PED. Pues yo te quiero ayudar.
Vete a Sicilia o Milán.
donde vivas encubierto.

D. JUAN. Luego me iré.

D. PED. ¿Cierto?

D. JUAN. Cierto.

D. PED. Mis cartas te avisarán

- en qué para este suceso
triste, que causado has.
- D. JUAN. (Aparte.) Para mí alegre, dirás.—
Que tuve culpa, confieso.
- D. PED. Esa mocedad te engaña.
Baja, pues, ese balcón.
- D. JUAN. (Aparte.) Con tan justa pretensión
godoso me parto a España.
(Vase DON JUAN y entra el REY.)
- D. PED. Ejecutando, señor,
lo que mandó vuestra alteza,
el hombre...
- REY. ¿Murió?
- D. PED. Escapóse
de las cuchillas soberbias.
- REY. ¿De qué forma?
- D. PED. De esta forma:
Aun no lo mandaste apenas,
cuando, sin dar más disculpa,
la espada en la mano aprieta,
revuelve la capa al brazo,
y con gallarda presteza,
ofendiendo a los soldados
y buscando su defensa,
viendo vecina la muerte,
por el balcón de la huerta
se arroja desesperado.
Siguióle con diligencia
tu gente; cuando salieron
por esa vecina puerta,
le hallaron agonizando
como enroscada culebra.
Levantóse, y al decir
los soldados: «¡muera, muera!»
bañado de sangre el rostro,
con tan heroica presteza
se fué, que quedé confuso.
La mujer, que es Isabela,

—que para admirarte nombro—
retirada en esa pieza,
dice que es el duque Octavio
que, con engaño y cautela,
la gozó.

REY.

¿Qué dices?

D. PED.

Digo

lo que ella misma confiesa.

REY.

(*Aparte.*) ¡Ah pobre honor! Si eres alma
del [hombre], ¿por qué te dejan
en la mujer inconstante,
si es la misma ligereza?—
¡Holal

Sale un CRIADO

CRIADO

¡Gran señor!

REY.

Traed

delante de mi presencia
esa mujer.

D. PED.

Ya la guardia

viene, gran señor, con ella.

(Tras la Guardia a Isabela)

ISABELA.

(Aparte.) ¿Con qué ojos veré al rey?

REY.

Idos, y guardad la puerta
de esa cuadra. —Di, mujer:
¿qué rigor, qué airada estrella
te incitó, que en mi palacio,
con hermosura y soberbia,
profanases sus umbrales?

ISABELA.

Señor...

REY.

Calla, que la lengua
no podrá dorar el yerro
que has cometido en mi ofensa.
¿Aquél era el duque Octavio?

ISABELA.

Señor...

REY.

¿Qué importan fuernas.
guarda, criados, murallas,
fortalecidas almenas

para amor, que la de un niño
 hasta los muros penetral
 Don Pedro Tenorio: al punto
 a esa mujer llevad presa
 a una torre, y con secreto
 haced que al duque le prendan,
 que quiero hacer que le cumpla
 la palabra o la promesa.

ISABELA. Gran señor, volvedme el rostro:

REY. Ofensa a mi espalda hecha
 es justicia y es razón
 castigalla a espaldas vueltas. (*Vase el REY.*)

D. PED. Vamos, duquesa.

ISABELA. Mi culpa
 no hay disculpa que la vense;
 mas no será el yerro tanto
 si el duque Octavio lo enmienda.

Vanse, y salen el DUQUE OCTAVIO y RIPIO, su criado

RIPIO. ¿Tan de mañana, señor,
 te levantas?

OCTAV. No hay sosiego
 que pueda apagar el fuego
 que enciende en mi alma amor.

Porque, como al fin es niño,
 no apetece cama blanda,
 entre regalada Holanda,
 cubierta de blanco armiño.

Acuéstate, no sosiega,
 siempre quiere madrugar
 por levantarse a jugar,
 que, al fin, como niño, juega.

Pensamientos de Isabela
 me tienen, amigo, en calma (1),

(1) Por analogía con las calmas marítimas, trágicas en la navegación a vela, desesperación, desamparo. También suspensa, desazonada.

que como vive en el alma
anda el cuerpo siempre en pena,
guardando ausente y presente
el castillo del honor.

RIPIO

Perdóname, que tu amor
es amor impertinente

OCTAV.

¿Qué dices, necio?

RIPIO.

Esto digo:

impertinencia es amar
como amas; ¿quieres escuchar?
Ea, prosigue.

OCTAV.

RIPIO.

Ya prosigo.

¿Quiérete Isabela a ti?

OCTAV.

¿Eso, necio, has de dudar?

RIPIO.

No; mas quiero preguntar:
¿y tú, no la quieres?

OCTAV.

RIPIO.

Sí.

Pues ¿no seré majadero,
y de solar conocido,
si pierdo yo mi sentido
por quien me quiere y la quiero?

Si ella a ti no te quisiera,
fuera bien el porfialla,
regalalla y adoralla,

y aguardar que se rindiera;
mas si los dos os queréis

con una mesma igualdad,
dime: ¿hay más dificultad
de que luego os desposéis?

OCTAV.

Eso fuera, necio, a ser
de lacayo o lavandera
la boda.

RIPIO.

Pues, ¿es quienquiera
una lavandris mujer,
lavando, fregatrisando,
defendiendo y ofendiendo,
los paños suyos tendiendo,
regalando y remedando?

Dando dije, porque al dar
no hay cosa que se le iguale,
y si no a Isabela dale,
a ver si sabe tomar.

Sale un CRIADO

CRIADO. El embajador de España
en este punto, se apea
en el zaguán, y desea,
con ira y fiera extraña,

OCTAV. hablarte, y si no entendí
yo mal, entiendo es prisión.
¡Prisión! Pues ¿por que ocasión?
Decid que entre.

Sale DON PEDRO TENORIO, con guardas

D. PED. Quien así
con tanto descuido duerme,
limpia tiene la conciencia.

OCTAV. Cuando viene vuestre excelencia
a honrarme y favorecerme
no es justo que duerma yo;
velaré toda mi vida.

D. PED. ¿A qué y por qué es la venida?
Porque aquí el rey me envió.

OCTAV. Si el rey, mi señor, se acuerda
de mí en aquesta ocasión,
será justicia y razón
que por él la vida pierda.

D. PED. Decidme, señor, ¿qué dicha
o qué estrella me ha guiado
que de mí el rey se ha acordado?
Fué, duque, vuestra desdicha.

OCTAV. Embajador del rey soy;
dél os traigo una embajada.
Marqués, no me inquieta nada;
decid que aguardando estoy.

D. PED.

A prenderos me ha enviado
el rey; no os alborotéis.

OCTAV.

¡Vos por el rey me prendéis!
Pues ¿en qué he sido culpado?

D. PED.

Mejor lo sabéis que yo:
mas, por si acaso me engaño,
escuchad el desengaño.
y a lo que el rey me envió.

Cuando los negros gigantes,
plegando funestos toldos,
ya del crepúsculo huyen,
tropezando unos con otros,
estando yo con su alteza
tratando ciertos negocios
—porque antípodas del sol
son siempre los poderosos—,
voces de mujer olmos
cuyos ecos, menos rancos
por los artesones sacros,
nos repitieron «¡socorro!»
A las voces y al ruido
acudió, duque, el rey propio,
halló a Isabela en los brazos
de algún hombre poderoso;
mas quien el cielo se atreve,
sin duda es gigante y monstruo.
Mandó el rey que los prendiera;
quedé con el hombre solo;
llegué y quise desarmalle;
pero pienso que el Demonio
en él tomó forma humana,
pues que, vuelto en humo y polvo,
se arrojó por los balcones,
entre los pies de esos olmos
que coronan, del palacio,
los chapiteles hermosos.
Hice prender la duquesa,
y en la presencia de todos

dice que es el duque Octavio
el que con mano de esposo
la gozó.

OCTAV.
D. PED.

¿Qué dices?

Digo

lo que al mundo es ya notorio
y que tan claro se sabe:
que Isabela por mil modos...

OCTAV.

Dejadme, no me digáis
tan gran traición de Isabela.
Mas si fué su [amor] cautela,
proseguid, ¿por qué calláis?
Mas si el veneno me dais,
que a un firme corazón toca,
y así a decir me provoca,
que imita a la comadreja,
que concibe por la oreja
para parir por la boca.

¿Será verdad que Isabela,
alma, se olvidó de mí
para darme muerte? Sí,
que el bien suena y el mal vuela.
Ya el pecho nada recela
jugando si son antojos;
que, por darme más enojos,
al entendimiento entró,
y por la oreja escuchó
lo que acreditan los ojos.

Señor marqués, ¿es posible
que Isabela me ha engañado,
y que mi amor ha burlado?
¡Parece cosa imposible!
¡Oh mujer! ¡Ley tan terrible
de honor, a quien me provooco
a emprender! Mas yo no toco
en tu honor esta cautela.
¿Anoche con Isabela
hombre en palacio?... Estoy loco.

D. PED. Como es verdad que en los vientos
 hay aves, en el mar peces,
 que participan a veces
 de todos cuatro elementos;
 como en la gloria hay contentos,
 lealtad en el buen amigo
 traición en el enemigo,
 en la noche oscuridad
 y en el día claridad,
 así es verdad lo que digo.

OCTAV. Marqués, yo os quiero creer.
 Ya no hay cosa que me espante,
 que la mujer más constante
 es, en efeto, mujer.

No me queda más que ver,
 pues es patente mi agravio.

D. PED. Pues qué sois prudente y sabio,
 elegid el mejor medio.

OCTAV. Ausentarme es mi remedio.

D. PED. Pues sea presto, duque Octavio.

OCTAV. Embarcarme quiero a España,
 y darle a mis males fin.

D. PED. Por la puerta del jardín,
 duque, esta prisión se engaña.

OCTAV. ¡Ah, veleta! ¡Débil cañal!
 A más furor me provoco,
 y extrañas provincias toco
 huyendo desta cautela.
 ¡Patria, adiós! ¿Con Isabela
 hombre en palacio? ¡Estoy loco!

*Vanse y sale TISBEA, pescadora, con una
 caña de pescar en la mano.*

TISBEA. Yo, de cuantas el mar
 pies de jazmín y rosa,
 en sus riberas besa
 con fugitivas olas,
 sola de amor esenta,

como en ventura sola,
tirana me reservo
de sus prisiones locas,
aquí donde el sol pisa
sofocientas las ondas,
alegrando safiros
las que espantaba sombras.
Por la menuda arena,
(unas veces aljófara
y átomos otras veces
del sol que así la adora),
oyendo de las aves
las quejas amorosas,
y los combates dulces
del agua entre las rocas;
ya con la sutil caña
que al débil peso dobla
del necio pececillo
que el mar salado azota;
o ya con la atarraya
(que en sus moradas hondas
prenden cuantos habitan
aposentos de conchas),
segura me entretengo,
que en libertad se goza
el alma que amor áspid
no le ofende ponsofia. "
En pequeñuelo esquife,
y en compañía de otras,
tal vez al mar le peino
la cabeza espumosa;
y cuando más perdidas
querellas de amor forman,
como de todo río,
envidia soy de todas.
Dichosa yo mil veces,
amor, pues me perdonas,
si ya, por ser humilde,

no desprecias mi chosa.
Obeliscos de paja
mi edificio coronan,
nidos, si no hay cigarras,
a tortolillas locas.
Mi honor conservo en pajas,
como fruta sabrosa,
vidrio guardado en ellas
para que no se rompa.
De cuantos pescadores
con fuego Tarragona
de piratas defiende
en la argentada costa,
desprecio soy [y] encanto;
a sus suspiros, sorda;
a sus ruegos, terrible;
a sus promesas, roca.
Anfriso, a quien el cielo
con mano poderosa,
prodigio en cuerpo y alma,
dotó de gracias todas,
medido en las palabras,
liberal en las obras,
sufrido en los desdenes,
modesto en las congojas,
mis pajizos umbrales,
que heladas noches ronda,
a pesar de los tiempos,
las mañanas remosa;
pues con [los] ramos verdes,
que de los olmos corta,
mis pajas amanecen
ceñidas de lisonjas.
Ya con vigtielas dulces
y sutiles samponías
música me consagra;
y todo no me importa,
porque en tirano imperio

vivo, de amor señora;
qué hallo gusto en sus penas
y en sus infiernos gloria.
Todas por él se mueren,
y yo, todas las horas,
le mato con desdenes:
de amor condición propia,
querer donde aborrecen,
despreciar donde adoran;
que si le alegran, muere,
y vive si le oprobian.
En tan alegre día
segura de lisonjas,
mis juveniles años
amor no los malogra;
que en edad tan florida,
amor, no es suerte poca
no ver entre estas redes
las tuyas amorosas.
Pero, necio discurso
que mi ejercicio estorbas,
en él no me diviertas
en cosa que no importa.
Quiero entregar la caña
al viento, y a la boca
del pececillo el cebo.
Pero al agua se arrojan
dos hombres de una nave,
antes que el mar la sorba,
que sobre el agua viene
y en un escollo aborda;
como hermoso pavón,
hace las velas cola,
adonde los pilotos
todos los ojos pongan.
Las olas va escarbando;
y ya su orgullo y pompa
casi la desvanece.

Agua un costado toma...
 Hundióse y dejó al viento
 la gavia, que la escoja
 para morada suya,
 que un loco en gavias mora.

(Dentro: ¡Que me ahogo!)

Un hombre al otro aguarda
 que dice que se ahoga.
 ¡Gallarda cortesía!
 En los hombros le tomo.
 Anquises le hace Eneas,
 si el mar está hecho Troya.
 Ya, nadando, las aguas
 con valentía corta,
 y en la playa no veo
 quien le ampare y socorra.
 Daré voces: ¡Tirseo,
 Anfriso, Alfredo, hola!
 Pescadores me miran,
 ¡plega a Dios que me oigan!
 Mas milagrosamente
 ya tierra los dos toman:
 sin aliento el que nada,
 con vida el que le estorba.

Saca en brazos CATALINÓN a DON JUAN, mojados

CATAL. ¡Válgame la cananea,
 y qué salado está el mar!
 Aquí puede bien nadar
 el que salvarse desea,
 que allá dentro es desatino,
 donde la muerte se fragua;
 donde Dios juntó tanta agua,
 no juntara tanto vino.
 Agua salada: ¡estremada
 cosa para quien no pesca!
 Si es mala aun el agua fresca,
 ¿qué será el agua salada?

¡Oh, quién hallara una fragua
de vino, aunque algo encendido!
Si del agua que he bebido
escapo yo, no más agua.

Desde hoy abernuncio della,
que la devoción me quita
tanto, que aun agua bendita
no pienso ver, por no vella.

¡Ah señor! Helado y frío
está. ¿Si estará ya muerto?
Del mar fué este desconcierto,
y mío este desvarío.

¡Mal haya aquel que primero
pinos en la mar sembró,
y que sus rumbos midió
con quebradizo madero!

¡Maldito sea el vil sastro
que cosió el mar que dibuja
con astronómica aguja,
causa de tanto desastre!

¡Maldito sea Jasón,
y Tifis maldito sea!
Muerto está, no hay quien lo crea;
¡miseró Catalinón!

¿Qué he de hacer?

TISBEA.

Hombre, ¿qué tienes
en desventuras iguales?

CATAL.

Pescadora, muchos males,
y falta de muchos bienes.

Veo, por librarme a mí,
sin vida a mi señor. Mira
si es verdad.

TISBEA.

No, que aun respira.

CATAL.

¿Por dónde? ¿Por aquí?

TISBEA.

Sí;

pues ¿por dónde?

CATAL.

Bien podía
respirar por otra parte.

- TISBEA. Necio estás.
 CATAL. Quiero besarte
 las mano de nieve fría.
- TISBEA. Ve a llamar los pescadores
 que en aquella choza están.
 CATAL. Y si los llamo, ¿vernán?
 TISBEA. Vendrán presto. No lo ignores.
 ¿Quién es este caballero?
 CATAL. Es hijo a questo señor
 del camarero mayor
 del rey, por quien ser espero
 antes de seis días conde
 en Sevilla, adonde va,
 y adonde su alteza está,
 si a mi amistad corresponde.
 TISBEA. ¿Cómo se llama?
 CATAL. Don Juan
- TISBEA. Tenorio.
 CATAL. Llama mi gente.
- TISBEA. Ya voy.
 CATAL. *(Coge en el regazo Tisbea a Don Juan)*
- TISBEA. Mancebo excelente,
 gallardo, noble y galán.
 Volved en vos, caballero.
 D. JUAN. ¿Dónde estoy?
 TISBEA. Ya podéis ver:
 en brazos de una mujer.
- D. JUAN. Vivo en vos, si en el mar muero.
 Ya perdí todo el recelo,
 que me pudiera anegar,
 pues del infierno del mar
 salgo a vuestro claro cielo.
 Un espantoso huracán
 dió con mi nave al través,
 para arrojarme a esos pies
 que abrigo y puerto me dan.
 Y en vuestro divino oriente
 renasco, y no hay que espantar,

pues veis que hay de amar a mar
una letra solamente.

TISBEA.

Muy grande aliento tenéis
para venir sin aliento,
y tras de tanto tormento
muy gran contento ofrecéis.

Pero si es tormento el mar
y sus ondas crueles,
la fuerza de los cordeles,
pienso que os hace hablar.

Sin duda que habéis bebido
del mar la oración pasada,
pues, por ser de agua salada,
con tan grande sal ha sido.

Mucho habláis cuando no habláis,
y cuando muerto venís
mucho al parecer sentís;
¡plega a Dios que no mintáis!

Parcoéis caballo griego
que el mar a mis pies desagua,
pues venís formado de agua,
y estáis preñado de fuego.

Y si mojado abrasáis,
estando enjuto, ¿qué haréis?
Mucho fuego prometéis;
¡plega a Dios que no mintáis!

D. JUAN.

A Dios, zagala, plugiera
que en el agua se anegara
para que cuerdo acabara
y loco en vos no muriera;
que el mar pudiera anegarme
entre sus olas de plata
que sus límites desata;
mas no pudiera abrasarme.

Gran parte del sol mostráis,
pues que el sol os da licencia,
pues sólo con la apariencia,
siendo de nieve abrasáis.

TISBEA.

Por más helado que estáis,
tanto fuego en vos tenéis,
que en este mío os ardéis.
¡Plega a Dios que no mintáis!

Salen CATALINÓN, CORIDÓN y ANFRISO, pescadores

CATAL.

Ya vienen todos aquí.

TISBEA.

Y ya está tu dueño vivo.

D. JUAN.

Con tu presencia recibo
el aliento que perdí.

CORID.

¿Qué nos mandas?

TISBEA.

Coridón,

Anfriso, amigos...

CORID.

Todos

buscamos por varios modos
esta dichosa ocasión.

Di que nos mandas, Tisbea,
que por labios de clavel
no lo habrás mandado a aquel
que idolatrarte desea,

apenas, cuando al momento,
sin cesar, en llano o sierra,
surque el mar, tale la tierra,
pise el fuego, y pare el viento.

TISBEA.

(Aparte.) ¡Oh, que mal me parecían
estás lisonjas ayer,
y hoy echo en ellas de ver
que sus labios no mentían!—

Estando, amigos, pescando
sobre este peñasco, vi
hundirse una nave allí,
y entre las olas nadando

dos hombres; y compasiva,
di voces, y nadie oyó;
y en tanta aflicción, llegó
libre de la furia esquiva

del mar, sin vida a la arena,
déstelo en los hombros cargado,

un hidalgo y [a] anegado,
y envuelta en tan triste pena
a llamaros envié.

ANFRIS. Pues aquí todos estamos,
manda que tu gusto hagamos,
lo que pensado no fué.

TISBEA. Que a mi choza los llevemos
quiero, donde, agradecidos,
reparemos sus vestidos,
y allí los regalaremos;
que mi padre gusta mucho
de esta debida piedad.

CATAL. ¡Estremada es su beldad!

D. JUAN. Escucha aparte.

CATAL. Ya escucho.

D. JUAN. Si te preguntan quién soy,
dí que no sabes.

CATAL. ¡A mí...
quiero advertirme a mí
lo que he de hacer!

D. JUAN. Muerto voy
por la hermosa pescadora.
Esta noche he de gozalla.

CATAL. ¿De qué suerte?

D. JUAN. Ven y calla.

CORID. Anfriso: dentro de un hora
los pescadores prevén
que canten y bailen.

ANFRIS. Vamos,
y esta noche nos hagamos
rajas y palos también.

D. JUAN. Muerto soy.

TISBEA. ¿Cómo, si andáis?

D. JUAN. Ando en pena, como veis.

TISBEA. Mucho habláis.

D. JUAN. Mucho entendéis.

TISBEA. ¡Plega a Dios que no mintáis! (Vanse.)

**Salen DON GONZALO DE ULLOA y el REY
DON ALFONSO DE CASTILLA**

REY. ¿Cómo os ha sucedido en la embajada,
comendador mayor?

D. GON. Hallé en Lisboa
al rey don Juan, tu primo, previniendo
treinta naves de armada.

REY. ¿Y para dónde?

D. GON. Para Goa me dijo; mas yo entiendo
que a otra empresa más fácil apercibe.
A Ceuta o Tánger pienso que pretende
cercar este verano.

REY. Dios le ayude,
y premie el celo de aumentar su gloria.
¿Qué es lo que concertasteis?

D. GON. Señor, pide
a Serpa y Mora, u Olivencia y Toro;
y por eso te vuelve a Villaverde,
al Almendral, a Mértola y Herrera
entre Castilla y Portugal.

REY. Al punto
se firmen los conciertos, don Gonzalo.
Mas decidme primero cómo ha ido
en el camino, que vendréis cansado
y alcanzado también.

D. GON. Para serviros,
nunca, señor, me canso.

REY. ¿Es buena tierra
Lisboa?

D. GON. La mayor ciudad de España;
y si mandas que diga lo que he visto
de lo exterior y célebre, en un punto
en tu presencia te pondré un retrato.

REY. Yo gustaré de osillo. Dadme silla.

D. GON. Es Lisboa una otava maravilla.

De las entrañas de España,
que son las tierras de Cuenca,

nace el caudaloso Tajo,
que media España atraviesa.
Entra en el mar Oceano,
en las sagradas riberas
de esta ciudad, por la parte
del sur; mas antes que pierda
su curso y su claro nombre,
hace un puerto entre dos sierras,
donde están de todo el orbe
barcas, naves, carabelas.
Hay galeras y saetías
tantas, que desde la tierra
parece una gran ciudad
adonde Neptuno reina.
A la parte del poniente
guardan del puerto dos fuerzas
de *Cascaes* y *San Gian*,
las más fuertes de la tierra.
Está, desta gran ciudad,
poco más de media legua,
Belón, convento del santo
conocido por la piedra,
y por el león de guarda,
donde los reyes y reinas
católicos y cristianos
tienen sus casas perpetuas.
Luego esta máquina insigne,
desde Alcántara comienza
una gran legua a tenderse
al convento de Jabregas.
En medio está el valle hermoso
coronado de tres cuevas,
que quedara corto Apeles
cuando [pintarlas] quisiera;
porque, miradas de lejos,
parecen pifias de perlas
que están pendientes del cielo,
en cuya grandesa inmensa

se ven diez Romas cifradas
en conventos y en iglesias,
en edificios y calles,
en solares y encomiendas,
en las letras y en las armas,
en la justicia tan recta,
y en una *Misericordia*
que está honrando su ribera,
y pudiera honrar a España
y aun enseñar a tenerla.
Y lo que yo más alabo
desta máquina soberbia,
es que del mismo castillo
en distancia de seis leguas,
se ven sesenta lugares
que llega el mar a sus puertas,
uno de los cuales es
el convento de Odivelas,
en el cual vi por mis ojos
seiscientas y treinta celdas,
y entre monjas y beatas
pasan de mil y doscientas.
Tiene desde allí Lisboa,
en distancia muy pequeña,
mil y ciento y treinta quintas,
que en nuestra provincia Bética
llaman cortijos, y todas
con sus huertos y alamedas.
En medio de la ciudad
hay una plaza soberbia
que se llama del *Ructo*,
grande, hermosa y bien dispuesta,
que habrá cien años y aun más
que el mar bañaba su arena,
y ahora della a la mar
hay treinta mil casas hechas,
que, perdiendo el mar su curso,
se tendió a partes diversas.

Tiene una calle que llaman
rúa Nova o calle Nueva,
donde se cifra el Oriente
en grandezas y riquezas;
tanto, que el rey me contó
que hay un mercader en ella
que, por no poder contarlo,
mide el dinero a fanegas.
el terreno, donde tiene
Portugal su casa regia,
tiene infinitos navíos,
varados siempre en la tierra,
de sólo cebada y trigo
de Francia y Inglaterra.
Pues el palacio real,
que el Tajo sus manos besa,
es edificio de Ulises,
que basta para grandesa,
de quien toma la ciudad
nombre en la latina lengua,
llamándose Ulisibona,
cuyas armas son la esfera,
por pedestal de las llagas
que en la batalla sangrienta
al rey don Alfonso Enríquez
dió la Majestad Inmensa.
Tiene en su gran tarazana
diversas naves, y entre ellas,
las naves de la conquista,
tan grandes, que de la tierra
miradas, juzgan los hombres
que tocan en las estrellas.
Y lo que desta ciudad
te cuento por excelencia
es, que estando sus vecinos
comiendo, desde las mesas
ven los copos del pescado
que junto a sus puertas pescan,

que, bullendo entre las redes,
vienen a entrarse por ellas;
y sobre todo, el llegar
cada tarde a su ribera
más de mil barcos cargados
de mercancías diversas,
y de sustento ordinario:
pan, aceite, vino y leña,
frutas de infinita suerte,
nieve de Sierra de Estrella
que por las calles a gritos,
puesta sobre las cabezas,
las venden. Mas, ¿qué me canso?
porque es contar las estrellas
querer contar una parte
de la ciudad opulenta.

Ciento y treinta mil vecinos
tiene, gran señor, por cuenta,
y por no cansarte más,
un rey que tus manos besa.

REY.

Más estimo, don Gonzalo,
escuchar de vuestra lengua
esa relación sucinta,
que haber visto su grandeza.
¿Tenéis hijos?

D. GON.

Gran señor,
una hija hermosa y bella,
en cuyo rostro divino
se esmeró naturaleza.

REY.

Pues yo os la quiero casar
de mi mano.

D. GON.

Como sea
tu gusto, digo, señor,
que yo lo acepto por ella.
Pero ¿quién es el esposo?
Aunque no está en esta tierra,
es de Sevilla, y se llama
don Juan Tenorio.

REY.

D. GON. Las nuevas
voy a llevar a doña Ana.

REY. Id en buena hora, y volved,
Gonzalo, con la respuesta.

*Vanse, y sale DON JUAN TENORIO
y CATALINÓN.*

D. JUAN. Esas dos yeguas prevén.
pues acomodadas son.

CATAL. Aunque soy Catalinón (1),
soy, señor, hombre de bien;
que no se dijo por mí:
«Catalinón es el hombre»;
que sabes que a quese nombre
me asienta al revés a mí.

D. JUAN. Mientras que los pescadores
van de regocijo y fiesta,
tú las dos yeguas apresta,
que de sus pies voladores
sólo nuestro engaño fio.

CATAL. Al fin ¿pretendes gozar
a Tisbea?

D. JUAN. Si burlar
es hábito antiguo mío,
¿qué me preguntas, sabiendo
mi condición?

CATAL. Ya sé que eres
castigo de las mujeres.

D. JUAN. Por Tisbea estoy muriendo,
que es buena moza.

CATAL. ¡Buen pago
a su hospedaje deseas!

D. JUAN. Necio, lo mismo hizo Eneas
con la reina de Cartago.

(1) Apodo que quiere decir cobarde, por no darle otra explicación más esca-
telógica.

CATAL. Los que fingís y engañáis
las mujeres, de esa suerte
lo pagaréis con la muerte.

D. JUAN. ¡Qué largo me lo fiáis!
Catalinón con razón
te llaman.

CATAL. Tus pareceres
sigue, que en burlar mujeres
quiero ser Catalinón.

D. JUAN. Ya viene la desdichada.
Vete, y las yeguas prevén.

CATAL. ¡Pobre mujer! Harto bien
te pagamos la posada.

Vase CATALINÓN y sale TISBEA

TISBEA. El rato que sin tí estoy
estoy ajena de mí.

D. JUAN. Por lo que finges así,
ningún crédito te doy.

TISBEA. ¿Por qué?

D. JUAN. Porque, si me amaras,
mi alma favorecieras.

TISBEA. Tuya soy.

D. JUAN. Pues di, ¿qué esperas,
o en qué, señora, reparas?

TISBEA. Reparo en qué fué castigo
de amor el que he hallado en ti.

D. JUAN. Si vivo, mi bien, en ti
a cualquier cosa me obligo.

Aunque yo sepa perder
en tu servicio la vida,
la diera por bien perdida,
y te prometo de ser
tu esposo.

TISBEA. Soy desigual
a tu ser.

D. JUAN. Amor es rey

que iguala con justa ley
la seda con el sayal.

TISBEA.

Casi te quiero creer;
mas sois los hombres traidores.

D. JUAN.

¿Posible, es, mi bien, que ignores
mi amoroso proceder?

Hoy prendes con tus cabellos
mi alma.

TISBEA.

Yo a ti me allano
bajo la palabra y mano
de esposo.

D. JUAN.

Juro, ojos bellos,
que mirando me matáis,
de ser vuestro esposo.

TISBEA.

Advierte,
mi bien, que hay Dios y que hay muerte.

D. JUAN.

(Aparte.) ¡Qué largo me lo fiáis!

Y mientras Dios me dé vida,
yo vuestro esclavo seré.

Ésta es mi mano y mi fe.

TISBEA.

No seré en pagarte esquivá.

D. JUAN.

Ya en mí mismo no sosiego.

TISBEA.

Vén, y será la cabaña
del amor que me acompaña
tálamo de nuestro fuego.

Entre estas cañas te esconde
hasta que tenga lugar.

D. JUAN.

¿Por dónde tengo de entrar?

TISBEA.

Ven y te diré por dónde.

D. JUAN.

Gloria al alma, mi bien, dais,

TISBEA.

Esa voluntad te obligue,
y si no, Dios te castigue.

D. JUAN.

(Aparte.) ¡Qué largo me lo fiáis!

Vanse y salen CORIDÓN, ANFRISO,
BELISA y MÚSICOS

CORID.

Ea, llamad a Tisbea,
y los sagales llamad

para que en la soledad
el huésped la corte vea.

ANFRIS.

¡Tisbea, Usindra, Atandrial!
No vi cosa más cruel.
¡Triste y mísero de aquel
que [en] su fuego es salamandrial!
Antes que el baile empecemos
a Tisbea prevengamos.

BELISA.

Vamos a llamarla.

CORID.

Vamos.

BELISA.

A su cabaña lleguemos.

CORID.

¿No ves que estará ocupada
con los huéspedes dichosos,
de quien hay mil envidiosos?
Siempre es Tisbea envidiada.

ANFRIS.

BELISA.

Cantad algo mientras viene,
porque queremos bailar.

ANFRIS.

¿Cómo podrá descansar
cuidado que celos tiene?

(*Cantan*):

*A pescar salió la niña
tendiendo redes;
y, en lugar de peces,
las almas prenda.*

Sale TISBEA

TISBEA.

¡Fuego, fuego, que me quemo,
que mi cabaña se abrasa!
Repicad a fuego, amigos,
que ya dan mis ojos agua.
Mi pobre edificio queda
hecho otra Troya en las llamas,
que después que faltan Troyas
quiere amor quemar cabañas.
Mas si amor abrasa peñas
con gran ira y fuerza estraña,

mal podrán de su rigor
 reservarse humildes pajas.
 ¡Fuego, fuego, zagalas, agua, agua!
 ¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
 ¡Ay choza, vil instrumento
 de mi deshonra y mi infamia!
 ¡Cueva de ladrones fiera,
 que mis agravios ampara!
 Rayos de ardientes estrellas
 en tus cabelleras caigan,
 porque abrasadas estén,
 si del viento mal peinadas.
 ¡Ah falso huésped, que dejas
 una mujer deshonrada!
 Nube que del mar salió
 para anegar mis entrañas.
 ¡Fuego, fuego, zagalas, agua, agua!
 ¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
 Yo soy la que hacía siempre
 de los hombres burla tanta;
 que siempre las que hacen burla,
 vienen a quedar burladas.
 Engañóme el caballero
 debajo de fe y palabra
 de marido, y profanó
 mi honestidad y mi cama.
 Gosóme al fin, y yo propia
 le di a su rigor las alas
 en dos yeguas que crié,
 con que me burló y se escapa.
 Seguidle todos, seguidle.
 Mas no importa que se vaya,
 que en la presencia del rey
 tengo de pedir venganza.
 ¡Fuego, fuego, zagalas, agua, agua!
 ¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!
 (Vase TISBEA.)

CORID.

Seguid al vil caballero.

JORNADA SEGUNDA

Salen el REY DON ALONSO y DON DIEGO TENORIO de barba

- REY.** ¿Qué me dices?
D. DIEGO. Señor, la verdad digo.
Por esta carta estoy del caso cierto,
que es de tu embajador y de mi hermano:
halláronle en la cuadra del rey mismo
con una hermosa dama de palacio.
- REY.** ¿Qué calidad?
D. DIEGO. Señor, [es] la duquesa
Isabela.
- REY.** ¿Isabela?
D. DIEGO. Por lo menos...
REY. ¡Atrevimiento temerario! ¿Y dónde
ahora está?
D. DIEGO. Señor, a vuestra alteza
no he de encubrirle la verdad: anoche
a Sevilla llegó con un criado.
- REY.** Ya conocéis, Tenorio, que os estimo,
y al rey (1) informaré del caso luego,
casando a ese rapaz con Isabela,
volviendo a su sosiego al duque Octavio,
que inocente padece; y luego al punto
haced que don Juan salga desterrado.
- D. DIEGO.** ¿Adónde, mi señor?

(1) Se refiere al rey de Nápoles.

ANFRIS. ¡Triste del que pena y calla!
 Mas ¡vive el cielo! que en él,
 me he de vengar desta ingrata.
 Vamos tras ella nosotros,
 porque va desesperada,
 y podrá ser que ella vaya
 buscando mayor desgracia.

CORID. Tal fin la soberbia tiene.
 ¡Su locura y confianza
 paró en esto!

(Dice Tisbea dentro: ¡Fuego, fuego!)

ANFRIS. Al mar se arroja.

CORID. Tisbea, detente y para.

TISBEA. ¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
 ¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

ANFRIS. Al mar se arroja.

CORID. Tisbea, detente y para.

TISBEA. ¡Fuego, fuego, zagales, agua, agua!
 ¡Amor, clemencia, que se abrasa el alma!

184

REY.

Mi enojo vea
 en el destierro de Sevilla; salga
 a Lebrija esta noche, y agradezca
 sólo al merecimiento de su padre...
 Pero, decid, don Diego, ¿qué diremos
 a Gonzalo de Ulloa, sin que erremos?
 Caséle con su hija, y no sé cómo
 lo puedo ahora remediar.

D. DIEG.

Pues mira,
 grande señor, qué mandas que yo haga
 que esté bien al honor de esta señora,
 hija de un padre tal.

REY.

Un medio tomo,
 con que absolvello del enejo entiendo:
 mayordomo mayor pretendo hacelle.

Sale un CRIADO

CRIADO.

Un caballero llega de camino,
 y, señor, dice que es el duque Octavio.
 ¿El duque Octavio?

REY.

CRIADO.

Sí, señor.

REY.

Sin duda
 que supo de don Juan el desatino,
 y que viene, incitado a la venganza,
 a pedir que le otorgue desafío.
 D. DIEG. Gran señor, en tus heróicas manos
 está mi vida, que mi vida propia
 es la vida de un hijo inobediente;
 que, aunque mozo, gallardo y valeroso,
 y le llaman los mozos de su tiempo
 el Héctor de Sevilla, porque ha hecho
 tantas y tan extrañas mocedades,
 la razón puede mucho. No permitas
 el desafío, si es posible.

REY.

Basta.

Ya os entiendo, Tenorio: honor de padre.
 Entre el duque.

D. DIRG. Señor, dame esas plantas.
¿Cómo podré pagar mercedes tantas?

Sale el DUQUE OCTAVIO, de camino

OCTAV. A esos pies, gran señor, un peregrino,
miserico y desterrado, ofrece el labio,
jugando por más fácil el camino
en vuestra gran presencia.

REY. Duque Octavio...

OCTAV. Huyendo vengo el fiero desatino
de una mujer, el no pensado agravio
de un caballero que la causa ha sido
de que así a vuestros pies haya venido.

REY. Ya, duque Octavio, sé vuestra inocencia.
Yo al rey escribiré que os restituya
en vuestro estado, puesto que el ausencia
que hicisteis algún daño os atribuya.
Yo os casaré en Sevilla con licencia
y también con perdón y gracia suya,
que puesto que Isabela un ángel sea,
mirando la que os doy, ha de ser fea.

Comendador mayor de Calatrava
es Gonzalo de Ulloa, un caballero
a quien el moro por temor alaba,
que siempre es el cobarde lisonjero.
Este tiene una hija en quien bastaba
en dote la virtud, que considero,
después de la beldad, que es maravilla;
y es sol de las estrellas de Sevilla.

OCTAV. Ésta quiero que sea vuestra esposa.
Cuando yo este viaje le emprendiera
a sólo esto, mi suerte era dichosa
sabiendo yo que vuestro gusto fuera.

REY. Hospedaréis al duque, sin que cosa
en su regalo falte.

OCTAV. Quien espera
en vos, señor, saldrá de premios lleno.
Primero Alfonso sois, siendo el Onceno.

Vanse el REY y DON DIEGO, y sale RIPIO

RIPIO. ¿Qué ha sucedido?
OCTAV. Que he dado
 el trabajo recibido,
 conforme me ha sucedido,
 desde hoy por bien empleado.
 Hablé al rey, vióme y honróme.
 César con el César fui,
 pues vi, peleé y vencí;
 y hace (1) que esposa tome
 de su mano, y se prefiere (2)
 a desenojar al rey
 en la fulminada ley.

RIPIO. Con razón el nombre adquiere
 de generoso en Castilla.
 Al fin, ¿te llegó a ofrecer
 mujer?

OCTAV. Sí, amigo, mujer
 de Sevilla, que Sevilla
 da, si averiguallo quieres,
 porque de oílo te asombres,
 si fuertes y airosos hombres,
 también gallardas mujeres.
 Un manto tapado, un brío,
 donde un puro sol se asconde,
 si no es en Sevilla, ¿adónde
 se admite? El contento mío
 es tal que ya me consuela
 en mi mal.

Salen DON JUAN y CATALINÓN

CATAL. Señor: detente,
 que aquí está el duque, inocente
 Sagitario de Isabela,

(1) La h, aspirada, casi j.
 (2) Se ofrece.

aunque mejor lo diré
Capricornio.

D. JUAN.

Disimula.

CATAL.

Cuando le vende le adula.

D. JUAN.

Como a Nápoles dejé
por enviarme a llamar
con tanta priesa mi rey,
y como su gusto es ley,
no tuve, Octavio, lugar
de despedirme de vos
de ningún modo.

OCTAV.

Por eso,

don Juan, amigo os confieso:
que hoy nos juntamos los dos
en Sevilla.

D. JUAN.

¡Quién pensara,
duque, que en Sevilla os viera
para que en ella os sirviera,
como yo lo deseara!

¿Vos, Puzol, vos la ribera
dejáis? Mas aunque es lugar
Nápoles tan excelente,
por Sevilla solamente
se puede, amigo, dejar.

OCTAV.

Si en Nápoles os oyera
y no en la parte que estoy,
del crédito que ahora os doy
sospecho que me riera.

Mas llegándola a habitar
es, por lo mucho que alcanza,
corta cualquiera alabanza
que a Sevilla queráis dar.

D. JUAN.

¿Quién es el que viene allí?
El que viene es el marqués
de la Mota. Descortés
es fuerza ser.

OCTAV.

Si de mí
algo hubiereis menester,

CATAL. aquí espada y brazo está.
(*Aparte.*) Y si importa gozará
en su nombre otra mujer;
que tiene buena opinión.

D. JUAN De vos estoy satisfecho.
CATAL. Si fuere de algún provecho,
señores, Catalinón,
vuarcedes continuamente
me hallarán para servirlos.

RIPIO. ¿Y dónde?
CATAL. En los Pajarillos,
tabernáculo excelente.

Vanse OCTAVIO y RIPIO, y sale
el MARQUÉS DE LA MOTA

MOTA. Todo hoy os ando buscando,
y no os he podido hallar.
¿Vos, don Juan, en el lugar,
y vuestro amigo penando
en vuestra ausencia?

D. JUAN. ¡Por Dios
amigo, que me debéis
esa merced que me hacéis!

CATAL. (*Aparte.*) Como no lo entreguéis vos
moza o cosa que lo valga,
bien podéis fiaros dél;
que en cuanto (1) en esto es cruel,
tiene condición hidalga.

D. JUAN. ¿Qué hay de Sevilla?
MOTA. Está ya
toda esta corte mudada.

D. JUAN. ¿Mujeres?
MOTA. Cosa jugada.

D. JUAN. ¿Inés?

MOTA. A Vejel se va.

D. JUAN. Buen lugar para vivir

(1) Aus cuando.

a Vejel (1).
D. JUAN. Irá a morir.
 ¿Constanza?
MOTA. Es lástima vella
 lampiña de frente y ceja.
 Llámala el portugués vieja,
 y ella imagina que bella.
D. JUAN. Sí, que *vella* en portugués
 suena vieja en castellano.
 ¿Y Teodora?
MOTA. Este verano
 se escapó del mal francés
 por un río de sudores;
 y está tan tierna y reciente,
 que anteaer me arrojó un diente
 envuelto entre muchas flores.
D. JUAN. ¿Julia, la del Candilejo?
MOTA. Ya con sus afeites lucha.
D. JUAN. ¿Véndese siempre por trucha?
MOTA. Ya se da por abadejo.
D. JUAN. El barrio de Cantarranas,
 ¿tiene buena población?
MOTA. Ranas las más dellas son.
D. JUAN. ¿Y viven las dos hermanas?
MOTA. Y la mona de Tolá
 de su madre Celestina
 que les enseña dotrina.
D. JUAN. ¡Oh, vieja de Bercebú!
 ¿Cómo la mayor está?
MOTA. Blanca, sin blanca ninguna;
 tiene un santo a quien ayuna.
D. JUAN. ¿Agora en vigiliás da?
MOTA. Es firme y santa mujer.
D. JUAN. ¿Y esotra?

(1) Vejer de la Frontera.

- MOTA.** Mejor principio
tiene; no desecha ripio.
- D. JUAN.** Buen albañir quiere ser.
Marqués: ¿qué hay de perros muertos? (1).
- MOTA.** Yo y don Pedro de Esquivel
dimos anoche un (2) cruel,
y esta noche tengo ciertos
otros dos.
- D. JUAN.** Iré con vos,
que también recorreré
cierto nido que dejé
en gñevos para los dos.
¿Qué hay de terrero? (3).
- MOTA.** No muero
en terreno, que en-terrado
me tiene mayor cuidado.
- D. JUAN.** ¿Cómo?
- MOTA.** Un imposible quiero.
- D. JUAN.** Pues ¿no os corresponde?
- MOTA.** Sí.
Me favorece y estima.
- D. JUAN.** ¿Quién es?
- MOTA.** Doña Ana, mi prima,
que es recién llegada aquí.
- D. JUAN.** Pues ¿dónde ha estado?
- MOTA.** En Lisboa,
con su padre en la embajada.
- D. JUAN.** ¿Es hermosa?
- MOTA.** Es estremada,
porque en doña Ana de Ulloa
se estremó naturaleza.
- D. JUAN.** ¿Tan bella es esa mujer?
- MOTA.** ¡Vive Dios que la he de ver!
Veréis la mayor belleza

(1) Engaño; burla, timo.
(2) Apécope de una.
(3) Hacer terrero; galantear o enamorar a una dama desde la calle o campo
solante de su casa

- que los ojos del rey ven.
- D. JUAN. Casaos, pues es estremada.
- MOTA. El rey la tiene casada,
y no se sabe con quién.
- D. JUAN. ¿No os favorece?
- MOTA. Y me escribe.
- CATAL. (*Aparte.*) No prosigas, que te engaña
el gran burlador de España.
- D. JUAN. Quien tan satisfecho vive
de su amor, ¿desdichas teme?
Sacalda, solicialda,
escribilda y engañalda,
y el mundo se abraza y queme.
- MOTA. Ahora estoy aguardando
la postrer resolución.
- D. JUAN. Pues no perdáis la ocasión
que aquí estoy aguardando.
- MOTA. Ya vuelvo.
- (*Vanse el MARQUÉS y el CRIADO*)
- CATAL. Señor Cuadrado
o señor Redondo, adiós.
- CRIADO. Adiós.
- D. JUAN. Pues solos los dos
amigo, hemos quedado,
siguele el paso al marqués,
que en el palacio se entró.
- (*Vase CATALINÓN.*)
- Habla por una reja una MUJER*
- MUJER. Co, ¿a quién digo?
- D. JUAN. ¿Quién llamó?
- MUJER. Pues sois prudente y cortés
y su amigo, dalde luego
al marqués este papel;
mirad que consiste en él
de una señora el sosiego.
- D. JUAN. Digo que se lo daré:
soy su amigo y caballero.

MUJER. Basta, señor forastero.
Adiós.

D. JUAN. Ya la voz se fué.

¿No parece encantamiento
esto que agora ha pasado?
A mí el papel ha llegado
por la estafeta del viento.

Sin duda que es de la dama
que el marqués me ha encarecido:
venturoso en esto he sido.

Sevilla a veces me llama
el *Burlador*, y el mayor
gusto que en mí puede haber
es burlar una mujer
y dejalla sin honor.

¡Vive Dios, que la he de abrir,
pues salí de la plazuela!
Mas ¿si hubiese otra cautela?...
Gana me da de reír.

Ya está abierto el tal papel
y que es suyo es cosa llana,
porque firma doña Ana.
Dice así: «*Mi padre infiel,*
en secreto me ha casado
sin poderme resistir;
no sé si podré vivir,
porque la muerte me ha dado.

Si estimas, como es razón,
mi amor y mi voluntad,
y si tu amor fué verdad,
muéstralo en esta ocasión.

Por que veas que te estimo,
ven esta noche a la puerta,
que estará a las once abierta,
donde tu esperanza primo,
goces, y el fin de tu amor.
Traerás, mi gloria, por señas

*de Leonorilla y las duñas,
una capa de color.*

*Mi amor todo de ti flo,
y adiós.» ¡Desdichado amantel
¿Hay suceso semejante?
Ya de la burla me río.*

*Gozaréla, ¡vive Dios!
con el engaño y cautela
que en Nápoles a Isabela.*

Sale CATALINÓN

CATAL. Ya el marqués viene.

D. JUAN. Los dos
aquesta noche tenemos
que hacer.

CATAL. ¿Hay engaño nuevo?

D. JUAN. Estremado.

CATAL. No lo apruebo.
Tú pretendes que escapemos
una vez, señor, burlados;
que el que vive de burlar
burlado habrá de escapar
pagando tantos pecados
de una vez.

D. JUAN. ¿Predicador
te vuelves, impertinente?

CATAL. La razón hace al valiente.

D. JUAN. Y al cobarde hace el temor.

*El que se pone a servir
voluntad no ha de tener,
y todo ha de ser hacer,
y nada ha de ser decir.*

*Sirviendo, jugando estás,
y si quieres ganar luego,
hay siempre, porque en el juego,
quien más hace gana más.*

CATAL. Y también quien hace y dice
pierde por la mayor parte.

D. JUAN. Esta vez quiero avisarte,
porque otra vez no te avise.

CATAL. Digo que de aquí adelante
lo que me mandas haré,
y a tu lado forzaré
un tigre y un elefante.

Guárdese de mí un prior,
que si me mandas me calle
y le fuerce, he de forzalle
sin réplica, mi señor.

D. JUAN. Calla, que viene el marqués.

CATAL. Pues, ¿ha de ser el forzado?

Sale el MARQUÉS DE LA MOTA

D. JUAN. Para vos, marqués, me han dado
un recaudo harto cortés

por esa reja, sin ver
el que me lo daba allí;
sólo en la voz conocí
que me lo daba mujer.

Dícete, en fin, que a las doce
vayas secreto a la puerta
(que estará a las once abierta),
donde tu esperanza goce

la posesión de tu amor;
y que llevases por señas
de Leonorilla y las dueñas
una capa de color.

MOTA.

¿Qué dices?

D. JUAN.

Que este recaudo
de una ventana me dieron,
sin ver quién.

MOTA.

Con él pusieron
sosiego en tanto cuidado.

¡Ay amigo! Sólo en ti
mi esperanza renaciera.

Dame esos pies.

D. JUAN.

Considera
que no está tu prima en mí.
Eres tú quien ha de ser
quien la tiene de gozar,
¿y me llegas a abrazar
los pies?

MOTA.

Es tal el placer,
que me ha sacado de mí.
¡Oh soll, apresura el paso.

D. JUAN.

Ya el sol camina al ocaso.

MOTA.

Vamos, amigos, de aquí,
y de noche nos pondremos.
¡Loco voy!

D. JUAN.

(Aparte.) Bien se conoce;
mas yo bien sé que a las doce
harás mayores extremos.

MOTA.

¡Ay prima del alma, prima,
que quieres premiar mi fel

CATAL.

(Aparte.) ¡Vive Cristo, que no dé
una blanca por su prima!

Vase el MARQUÉS y sale DON DIEGO

D. DIEG.

¿Don Juan?

CATAL.

Tu padre te llama.

D. JUAN.

¿Qué manda vuesañoría?

D. DIEG.

Verte más cuerdo querría,
más bueno y con mejor fama.

¿Es posible que procures
todas las horas mi muerte?

D. JUAN.

¿Por qué vienes dessa suerte?

D. DIEG.

Por tu trato y tus locuras.

Al fin el rey me ha mandado
que te eche de la ciudad,
porque está de una maldad
con justa causa indignado.

Que, aunque me lo has encubierto,
ya en Sevilla el rey lo sabe,
cuyo delito es tan grave,
que a decirlo no acierto.

¿En el palacio real
traición y con un amigo?
Traidor, Dios te dé el castigo
que pide delito igual.

Mira que, aunque al parecer
Dios te consiente y aguarda,
su castigo no se tarda,
y que castigo ha de haber
para los que profanáis
su nombre, que es jñes fuerte
Dios en la muerte.

D. JUAN. ¿En la muerte?
¿Tan largo me lo fiáis?

De aquí allá hay gran jornada.

D. DIEG. Breve te ha de parecer.

D. JUAN. Y la que tengo de hacer,
pues a su alteza le agrada,
ahora, ¿es larga también?

D. DIEG. Hasta que el injusto agravio
satisfaga el duque Octavio,
y apaciguados estén
en Nápoles de Isabela
los sucesos que has causado,
en Lebrija retirado
por tu traición y cautela,

quiere el rey que estés agora:
pena a tu maldad ligera.

CATAL. (Aparte.) Si el caso también supiera
de la pobre pescadora,

más se enojara el buen viejo.

D. DIEG. Pues no te vence castigo
con cuanto hago y cuanto digo,
a Dios tu castigo dejo.

CATAL. Fuése el viejo enternecido.

D. JUAN. Luego las lágrimas copia (1),
condición de viejo propia.
Vamos, pues ha anochecido,
a buscar al marqués.

CATAL. Vamos,
y al fin gozarás su dama.

D. JUAN. Ha de ser burla de fama.

CATAL. Ruego al cielo que salgamos
della en paz.

D. JUAN. ¡Catalinón,
en fin! (2).

CATAL. Y tú, señor, eres
langosta de las mujeres,
y con público pregón,
porque de tí se guardara
cuando a noticia viniera
de la que doncella fuera,
fuera bien se pregonara:
«Guárdense todos de un hombre
que a las mujeres engaña,
y es el burlador de España.»

D. JUAN. Tú me has dado gentil nombre.

*Salen el MARQUÉS, de noche, con MÚSICOS, y pasa el
tablado, y se entran cantando*

MÚSIC. *El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.*

D. JUAN. ¿Qué es esto?

CATAL. Música es.

MOTA. Parece que habla conmigo
el poeta. ¿Quién va?

D. JUAN. Amigo.

MOTA. ¿Es don Juan?

D. JUAN. ¿Es el marqués?

MOTA. ¿Quién puede ser sino yo?

(1) Lira fácilmente. Copia, por cantidad.
(2) Cobardo, al fin.

D. JUAN. Luego que la capa vi,
que érades vos conocí.
MOTA. Cantad, pues don Juan llegó.
MÚSIC. (Cantan):

*El que un bien gesser espere,
cuanto espera desespera.*

D. JUAN. ¿Qué casa es la que miráis?
MOTA. De don Gonzalo de Ulloa.
D. JUAN. ¿Dónde iremos?
MOTA. A Lisboa.
D. JUAN. ¿Cómo, si en Sevilla estáis?
MOTA. Pues ¿aqueso os maravilla?

¿No vive con gusto igual,
lo peor de Portugal
en lo mejor de Castilla?

D. JUAN. ¿Dónde viven?

MOTA. En la calle
de la Sierpe, donde ves,
a Adán vuelto en portugués (1);
que en aqueste amargo valle
con bocados solicitan
mil Evas que, aunque dorados,
en efecto, con bocados
con que el dinero nos quitan.

CATAL. Ir de noche no quisiera
por esa calle cruel,
pues lo que de día es miel
entonces lo dan en cera.

Una noche, por mi mal,
la vi sobre mí vertida,
y hallé que era corrompida
la cera de Portugal.

D. JUAN. Mientras a la calle vais,
yo dar un perro (2) quisiera.
MOTA. Pues cerca de aquí me espera

(1) Por enamoradizo.

(2) Burla, engaño, coto en perro muerto.

- un bravo.
- D. JUAN. Si me dejáis,
señor marqués, vos veréis
cómo de mí no se escapa.
- MOTA. Vamos y ponedme mi capa,
para que mejor lo deis.
- D. JUAN. Bien habéis dicho. Venid,
y me enseñaréis la casa.
- MOTA. Mientras el suceso pasa,
la voz y el habla fingid.
¿Veis aquella celosía?
- D. JUAN. Ya la veo.
- MOTA. Pues llegad
y decid: «Beatriz» y entrad.
¿Qué mujer?
- D. JUAN. Rosada y fría
- MOTA. Será mujer cantimplora.
- CATAL. En Gradas os aguardamos.
- MOTA. Adiós, marqués,
- D. JUAN. ¿Dónde vamos?
- CATAL. Calla, necio, calla agora;
adonde la burla mía
ejecuta.
- D. JUAN. No se escapa.
nadie de ti.
- CATAL. El trueque adoro.
- D. JUAN. Echaste la capa al toro.
- CATAL. No, el toro me echó la capa.
- (Vanse DON JUAN y CATALINÓN)
- MOTA. La mujer ha de pensar
que soy él.
- MÚSIC. ¡Qué gentil perro!
- MOTA. Esto es acertar por yerro.
- MÚSIC. Todo este mundo es errar.
- (Cantan):
- El que un bien gozar espera,
cuanto espera desespera.

(*Vanse, y dice DOÑA ANA, dentro.*)

ANA. ¡Falso!, no eres el marqués,
que me has engañado.

D. JUAN. Digo
que lo soy.

ANA. ¡Fiero enemigo,
mientes, mientes!

Sale DON GONZALO con la espada desnuda

D. GON. La voz es
de doña Ana la que siento.

ANA. (*Dentro.*) ¿No hay quien mate este traidor,
homicida de mi honor?

D. GON. ¿Hay tan grande atrevimiento?
Muerto honor, dijo, ¡ay de mí!,
y es su lengua tan liviana
que ahí sirve de campana.

ANA. Matalde.

*Salen DON JUAN y CATALINÓN con las espadas
desnudas*

D. JUAN. ¿Quién está aquí?

D. GON. La barbacana caída
de la torre de mi honor,
echaste en tierra, traidor,
donde era alcaide la vida.

D. JUAN. Déjame pasar.

D. GON. ¿Pasar?
Por la punta desta espada.

D. JUAN. Morirás.

D. GON. No importa nada.

D. JUAN. Mira que te he de matar.

D. GON. ¡Muere, traidor!

D. JUAN. Desta suerte
muero.

CATAL. Si escape de aquesta,
no más burlas, no más fiesta.

D. GON. ¡Ay, que me has dado la muerte!

D. JUAN. Tú la vida te quitaste.

D. GON. ¿De qué la vida servía?

D. JUAN. Huye.

(Vanse DON JUAN y CATALINÓN.)

D. GON. Aguarda que es sangría,
con que el valor aumentaste.

Muerte soy; no hay bien que aguarda.

Seguiráte mi furor;

que es traidor, y el que es traidor
es traidor porque es cobarde.

Entran muerte a DON GONZALO, y salen
el MARQUÉS DE LA MOTA y MÚSICOS

MOTA. Presto las doce darán,
y mucho don Juan se tarda:
¡fuera prisión del que aguarda!

Salen DON JUAN y CATALINÓN.

D. JUAN. ¿Es el marqués?

MOTA. ¿Es don Juan?

D. JUAN. Yo soy; tomad vuestra capa.

MOTA. ¿Y el perro?

D. JUAN. Funesto ha sido.

Al fin, marqués, muerto ha habido.

CATAL. Señor, del muerto te escapa.

MOTA. ¿Burlaste, amigo? ¿Qué haré?

CATAL. (Aparte.) También vos sois el burlado.

D. JUAN. Cara la burla ha costado,

MOTA. Yo, don Juan, lo pagaré,
porque estará la mujer
quejosa de mí.

D. JUAN. Las doce

darán.

MOTA. Como mi bien goce,
nunca llegue a amanecer.

D. JUAN. Adiós, marqués.

CATAL. Muy buen lance
el desdichado hallará.

D. JUAN. Huyamos.

CATAL. Señor, no habrá,
aguilita que me alcance. *(Vanse.)*

MOTA. Vosotros os podéis ir
todos a casa, que yo
he de ir solo.

CRIADOS. Dios crió
las noches para dormir.

(Vanse, y queda el MARQUÉS DE LA MOTA.)

(Dentro.) ¿Vióse desdicha mayor,
y vióse mayor desgracia?
MOTA. ¡Válgame Dios! Voces siento
en la plaza del Alcázar.
¿Qué puede ser a estas horas?
Un hielo el pecho me arraiga.
Desde aquí parece todo
una Troya que se abrasa,
porque tantas luces juntas
hacen gigantes de llamas.
Un grande escuadrón de hachas
se acerca a mí; ¿por qué anda
el fuego emulando estrellas,
dividiéndose en escuadras?
Quiero saber la ocasión.

*Salen DON DIEGO TENORIO y la GUARDIA
con hachas*

D. DIEG. ¿Qué gente?

MOTA. Gente que aguarda
saber de aqueste rüido
el alboroto y la causa.

D. DIEG. Prendaldo.

MOTA. ¿Prenderme a mí? (Mete mano a la espada.)

D. DIEG. Volved la espada a la vaina,
que la mayor valentía
es no tratar de las armas.

MOTA. ¿Cómo al marqués de la Mota
hablan así?

D. DIEG. Dad la espada,
que el rey os manda prender.

MOTA. ¡Vive Dios!

Sale el REY y el acompañamiento

REY. En toda España
no ha de caber, ni tampoco
en Italia, si va a Italia.

D. DIEG. Señor, aquí está el marqués.

MOTA. ¿Vuestra alteza a mí me manda
prender?

REY. Llevalde y ponelde
la cabeza en una escarpia.

MOTA. ¿En mi presencia te pones?
¡Ah glorias de amor tiranas,
siempre en el pasar ligeras,
como en el vivir pesadas!
Bien dijo un sabio que había
entre la boca y la tasa
peligro; mas el enojo
del rey me admira y espanta.
No sé por lo que voy preso.

D. DIEG. ¿Quién mejor sabrá la causa
que vuesañoría?

MOTA. ¿Yo?

D. DIEG. Vamos.

MOTA. ¡Confusión extraña!

REY. Fulminesele el proceso
al marqués luego, y mañana
le cortarán la cabeza.

Y al comendador, con cuanta
solenidad y grandesa
se da a las personas sacras
y reales, el entierro
se haga; en bronce y piedras varias
un sepulcro con un bulto
le ofrencan, donde en mosaicas
labores, góticas letras
den lenguas a sus vengansas.
Y entierro, bulto y sepulcro
quiere que a mi costa se haga.
¿Dónde doña Ana se fué?

D. DINA. Fuése al sagrado, doña Ana,
de mi señora la reina.

REY. Ha de sentir esta falta
Castilla; tal capitán
ha de llorar Calatrava. *(Vanse todos.)*

Salen BATRICIO desposado con AMINTA; GASENO,
viejo; BELISA y PASTORES músicos

(Cantan):

*Lindo sale el sol de abril
con trébol y torongil,
y aunque le sirva de estrella,
Aminta sale más bella.*

BATRIC. Sobre esta alfombra florida,
adonde en campos de escaroha,
el sol sin aliento marcha
con su luz recién nacida,
os sentad, pues nos convida
al tálamo el sitio hermoso.

AMINTA. Cantalde a mi dulce esposo
avores de mil en mil.

(Cantan):

*Lindo sale el sol de abril
con trébol y torongil,*

*y aunque le sirva de estrella,
Aminta sale más bella.*

GASENO. Muy bien lo habéis solfeado;
no hay más sonos en el kiries.

BATRIC. Cuando con sus labios tiries
vuelve en púrpura los labios
saldrán aunque vergonzosos,
afrentando el sol de abril.

AMINTA. Batricio, yo lo agradezco;
falso y lisonjero estás;
mas si tus rayos me das,
por ti ser luna merezco;
tú eres el sol por quien cresco
después de salir menguanta.
Para que el alba te cante
la salva en torno sutil.

(Canta):

Lindo sale el sol, etc.

Sale CATALINÓN, de camino

CATAL. Señores, el desposorio
huéspedes ha de tener.

GASENO. A todo el mundo ha de ser
este contento notorio.
¿Quién viene?

CATAL. Don Juan Tenorio.

GASENO. ¿El viejo?

CATAL. No ese don Juan.

BELISA. Será su hijo galán.

BATRIC. Téngolo por mal agüero,
que galán y caballero
quitan gusto y celos dan.

Pues ¿quién noticias les dió
de mis bodas?

CATAL. De camino "ü."

pasa a Labrija.

BATRIC.

Imagino
que el demonio le envié.

Más ¿de qué me affijo yo?

Vengan a mis dulces bodas
del mundo las gentes todas.

Mas con todo, un caballero
en mis bodas, ¡mal agüero!

GASENO.

Venga el Coloso de Rodas,

venga el Papa, el Preste Juan
y don Alfonso el Onceno

con su corte, que en Gaseno
ánimo y valor verán.

Montes en casa hay de pan,

Guadalquivides de vino,

Babilonias de tocino,

y entre ejércitos cobardes

de aves, para que las lardes,

el pollo y el palomino.

Venga tan gran caballero

a ser hoy en Dos Hermanas

honra destas viejas canas.

BELISA.

El hijo del camarero

mayor...

BATRIC.

(Ap.) Todo es mal agüero

para mí, pues le han de dar

junto a mi espesa lugar.

Aun no gozo, y ya los cielos

me están condenando a celos.

Amor, sufrir y callar.

Salen DON JUAN TENORIO

D. JUAN.

Pasando acaso he sabido

que hay bodas en el lugar,

y dellas quise gozar,

pues tan venturoso he sido.

GASENO.

Vuesañoría ha venido

- BATRIC. a honrallas y engrandecellas.
Yo, que soy el dueño dellas
digo entre mí que vengáis
en hora mala.
- GASENO. ¿No dais
lugar a este caballero?
- D. JUAN. Con vuestra licencia quiero
sentarme aquí.
(*Siéntase junto a la novia.*)
- BATRIC. Si os sentáis
delante de mí, señor,
seréis de aquea manera
el novio.
- D. JUAN. Cuando lo fuera,
no escogiera lo peor.
- GASENO. ¡Que es el novio!
- D. JUAN. De mi error
e ignorancia perdón pido.
- CATAL. (*Aparte.*) ¡Desventurado marido!
- D. JUAN. (*Aparte a Catal.*) Corrido está.
- CATAL. (*Aparte.*) No lo ignoro;
mas si tiene de ser toro,
¿qué mucho que esté corrido?
No daré por su mujer
ni por su honor un cornado.
¡Desdichado tú, que has dado
en manos de Lucifer!
- D. JUAN. ¿Posible es que vengo a ser,
señora, tan venturoso?
Envidia tengo al esposo.
Pareceisme lisonjero.
- AMINTA. Bien dije que es mal agüero
en bodas un poderoso.
- GASENO. Ea, vamos a almorzar,
por que pueda descansar
un rato su señoría.
(*Tómale Don Juan la mano a la novia.*)
- D. JUAN. ¿Por qué la escondéis?
- AMINTA. Es mía.

CASENO. Vámonos.
BELISA. Volved a cantar.
D. JUAN. ¿Qué dices tú?
CATAL. ¿Yof, que temo
 muerte vil destes villanos.
D. JUAN. Buenos ojos, blancas manos,
 en ellos me abraso y quemo.
CATAL. ¡Almagrar y echar a extremos! (1)
 Con ésta cuatro serán.
D. JUAN. Ven, que mirándome están.
BATRIC. En mis bodas, caballero,
 ¡mal agüero!
CASENO. Cantad.
BATRIC. Muero.
CATAL. Canten, que ellos llorarán.

(Vanse todos, con que da fin la segunda jornada.)

(1) Aprovecharse y abandonar.

JORNADA TERCERA

Sale **BATRICIO**, pensativo

BATRIC.

Celos, reloj de cuidados,
que a todas las horas dais
tormentos con que matáis,
aunque dais desconcertados;
celos, del vivir desprecios,
con que ignorancias hacéis,
pues todo lo que tenéis
de ricos, tenéis de necios,
dejadme de atormentar,
pues es cosa tan sabida
que, cuando amor me da vida,
la muerte me queréis dar.

¿Qué me queréis caballero,
que me atormentáis así?

Bien dije cuando le vi
en mis bodas, «¡mal agüero!»

¿No es bueno que se sentó
a cenar con mi mujer,
y a mí en el plato meter
la mano no me dejó?

Pues cada vez que quería
metella la desviaba,

diciendo a cuanto tomaba:

«¡Grosería, grosería!»

Pues llegándome a quejar
a algunos, me respondían

y con risas me decían:
 «No tenéis de qué os quejar;
 eso no es cosa que importe;
 no tenéis de qué temer;
 callad, que debe de ser
 uso de allá de la corte.»

¡Buen uso, trato estremado!
 Más no se usara en Sodoma;
 que otro con la novia coma,
 y que ayune el desposado.

Pues el otro bellacón
 a cuanto comer quería:
 «¿Esto no come?», decía;
 «No tenéis, señor, razón»;
 y de delante al momento
 me lo quitaba. Corrido
 está; bien sé yo que ha sido
 culebra (1) y no casamiento.

Ya no se puede sufrir
 ni entre cristianos pasar;
 y acabando de cenar
 con los dos, ¿mas que a dormir
 se ha de ir también, si porfia,
 con nosotros, y ha de ser,
 el llegar yo a mi mujer,
 «grosería, grosería?»

Ya viene, no me resisto.
 Aquí me quiero esconder;
 pero ya no puede ser,
 que imagino que me ha visto.

Salen DON JUAN TENORIO

D. JUAN.
 BATRIC.

Batricio.

Su señoría

¿qué manda?

D. JUAN.

Haceros saber...

(1) Apalcamiento al novato, que se daba en las catedrales, antiguamente.

BATRIC. (*Aparte.*) ¿Mas que ha de venir a ser alguna desdicha mía?

D. JUAN. Que ha muchos días, Batricio, que a Aminta el alma le di y he gozado...

BATRIC. ... ¿Su honor?

D. JUAN. Si.

BATRIC. (*Aparte.*) Manifiesto y claro indicio de lo que he llegado a ver; que si bien no le quisiera nunca a su casa viniera. Al fin, al fin es mujer.

D. JUAN. Al fin, Aminta celosa, o quizá desesperada de verse de mí olvidada y de ajeno dueño esposa, esta carta me escribió enviándome a llamar, y yo prometí gozar lo que el alma prometió.

Esto pasa de esta suerte. Dad a vuestra vida un medio; que le daré sin remedio a quien lo impida, la muerte.

BATRIC. Si tú en mi elección lo pones, tu gusto pretendo hacer, que el honor y la mujer son males en opiniones.

La mujer en opinión siempre más pierde que gana, que son como la campana, que se estima por el son.

Y así es cosa averiguada qué opinión viene a perder, cuando cualquiera mujer suena a campana quebrada.

No quiero, pues me reduces el bien que mi amor ordena,

mujer entra mala y buena,
que es moneda entre dos luces.

Gósala, señor, mil años,
que yo quiero resistir,
desengañar y morir,
y no vivir con engaños.

(Vase.)

DON JUAN

Con el honor le vencí,
porque siempre los villanos
tienen su honor en las manos,
y siempre miran por sí.

Que por tantas falsedades,
es bien que se entienda y crea,
que el honor se fué a la aldea
huyendo de las ciudades.

Pero antes de hacer el daño
le pretendo reparar:
a su padre voy a hablar
para autorisar mi engaño.

Bien lo supe negociar:
gozarla esta noche espero.
La noche camina, y quiero
su viejo padre llamar.

Estrellas que me alumbráis,
dadme en este engaño suerte,
si el galardón en la muerte
tan largo me lo guardáis.

(Vase.)

Salen AMINTA y BELISA

BELISA.

Mira que vendrá tu esposo:
entra a desnudarte, Aminta.

AMINTA.

De estas infelices bodas
no sé qué siento, Belisa.
Todo hoy mi Batricio ha estado
bañado en melancolía.

todo es confusión y celos;
¡mirad qué grande desdicha!
Di, ¿qué caballero es éste
que de mi esposo me priva?
La desvergüenza en España
se ha hecho caballería.

BELISA.

Déjame, que estoy sin seso,
déjame, que estoy corrida.
¡Mal hubiese el caballero
que mis contentos me priva!
Calla, que pienso que viene,
que nadie en la casa pisa —
de un desposado, tan recio.

AMINTA.

Queda adiós, Belisa mía.

BELISA.

Desenójale en los brazos.

AMINTA.

¡Plega a los cielos que sirvan
mis suspiros de requiebros,
mis lágrimas de caricias!

Salen DON JUAN, CATALINÓN y GASENO

D. JUAN. Gaseno, quedad con Dios.

GASENO. Acompañaros querría,
por darme desta ventura
el parabién a mi hija.

D. JUAN. Tiempo mañana nos queda.

GASENO. Bien decís: el alma mía
en la muchacha os ofresco.

D. JUAN. Mi esposa decid.

(A Catal.) Ensilla,
Catalinón.

(Vase.)

CATAL. ¿Para cuándo?

D. JUAN. Para el alba, que de risa
muerta, ha de salir mañana,
de este engaño.

CATAL.

Allá, en Lebrija,
señor, nos está aguardando

- otra boda. Por tu vida,
que despaches presto en ésta.
- D. JUAN. La burla más escogida
de todas ha de ser ésta.
- CATAL. Que saliésemos querría
de todas bien.
- D. JUAN. Si es mi padre
el dueño de la justicia,
y es la privanza del rey,
¿qué temes?
- CATAL. De los que privan
suele Dios tomar venganza,
si delitos no castigan;
y se suelen en el juego
perder también los que miran.
Yo he sido mirón del tuyo,
y por mirón no querría
que me cogiese algún rayo
y me trocase en ceniza.
- D. JUAN. Vete, ensilla, que mañana
he de dormir en Sevilla.
- CATAL. ¿En Sevilla?
- D. JUAN. Sí.
- CATAL. ¿Qué dices?
Mira lo que has hecho, y mira
que hasta la muerte, señor,
es corta la mayor vida,
y que hay tras la muerte infierno.
- D. JUAN. Si tan largo me lo fias,
vengan engaños.
- CATAL. Señor...
- D. JUAN. Vete, que ya me amohinas
con tus temores extraños.
- CATAL. Fuera al turco y al scita,
al persa y al garamante,
al gallego, al troglodita,
al alemán y al japon,
al sastre con la agujita

AMINTA. Vete, que vendrá mi esposo.
 D. JUAN. Yo lo soy; ¿de qué te admiras?
 AMINTA. ¿Desde cuándo?
 D. JUAN. Desde agora.
 AMINTA. ¿Quién lo ha tratado?
 D. JUAN. Mi dicha.
 AMINTA. ¿Y quién nos casó?
 D. JUAN. Tus ojos.
 AMINTA. ¿Con qué poder?
 D. JUAN. Con la vista.
 AMINTA. ¿Sábelo Batricio?
 D. JUAN. Sí,
 que te olvida.
 AMINTA. ¿Que me olvida?
 D. JUAN. Sí, que yo te adoro.
 AMINTA. ¿Cómo?
 D. JUAN. Con mis dos brazos.
 AMINTA. Desvía.
 D. JUAN. ¿Cómo puedo, si es verdad
 que muero?
 AMINTA. ¡Qué gran mentiral!
 D. JUAN. Aminta, escucha y sabrás,
 si quieres que te lo diga,
 la verdad, que las mujeres
 sois de verdades amigas.
 Yo soy noble caballero,
 cabeza de la familia
 de los Tenorios, antiguos
 ganaderos de Sevilla.
 Mi padre, después del rey,
 se reverencia y estima,
 y en la corte, de sus labios
 pende la muerte o la vida.
 Corriendo el camino acaso,
 llegué a verte, que amor guía
 tal vez las cosas de suerte,
 que él mismo dellas se olvida.
 Vite, adoréte, abrázame,

tanto, que tu amor me anima
a que contigo me case;
mira qué acción tan precisa.
Y aunque lo mormure el reino
y aunque el rey lo contradiga,
y aunque mi padre enojado
con amenazas lo impida,
tu esposo tengo de ser.
¿Qué dices?

AMINTA.

No sé qué diga,
que se encubren tus verdades
con retóricas mentiras.
Porque si estoy desposada,
como es cosa conocida,
con Batricio, el matrimonio
no se absuelve aunque él desista.
D. JUAN. En no siendo consumado,
por engaño o por malicia
puede anularse.

AMINTA.

En Batricio
todo fué verdad sencilla.

D. JUAN.

Ahora bien: dame esa mano,
y esta voluntad confirma
con ella.

AMINTA.

¿Que no me engañas?

D. JUAN.

Mie el engaño sería.

AMINTA.

Pues jura que cumplirás
la palabra prometida.

D. JUAN.

Juro a esta mano, señora,
infierno de nieve fría,
de cumplirte la palabra.

AMINTA.

Jura a Dios que te maldiga
si no la cumples.

D. JUAN.

Si acaso
la palabra y la fe mía
te faltare, ruego a Dios
que a traición y alevosía
me dé muerte un hombre... (Ap.) muerto:

AMINTA. que, vivo, ¡Dios no permita!
Pues con ese juramento
soy tu esposa.

D. JUAN. El alma mía
entre los brazos te ofresco.

AMINTA. Tuya es el alma y la vida.

D. JUAN. ¡Ay Aminta de mis ojos!
Mañana sobre virillas (1)
de tersa plata estrellada
con clavos de oro de Tíbar (2),
pondrás los hermosos pies,
y en prisión de gargantillas
la alabastrina garganta,
y los dedos en sortijas,
en cuyo engaste parezcan
transparentes perlas finas.

AMINTA. A tu voluntad, esposo,
la mía desde hoy se inclina:
tuya soy.

D. JUAN. (Ap.) ¡Qué mal conoces
al *Burlador de Sevilla* (Vase.)

Salen ISABELA y FABIO, de camino

ISABELA. ¡Que me robase el dueño,
la prenda que estimaba y más querial
¡Oh riguroso empeño
de la verdad! ¡Oh máscara del día!
¡Noche al fin, tenebrosa
antípoda del sol, del sueño esposal

FABIO. ¿De qué sirve, Isabela,
la tristeza en el alma y en los ojos,
si amor todo es cautela,
y en campos de desdenes causa enojos,
si el que se ríe agora
en breve espacio desventuras llora?

(1) Adorno del calzado.
(2) Costa de Oro.

El mar está alterado
y en grave temporal, [riesgo] se corre.
El abrigo han tomado
las galeras, duquesa, de la torre
que esta playa corona.
¿Dónde estamos ahora?

ISABELA.
FABIO.

En Tarragona.

De aquí a poco espacio
daremos en Valencia, ciudad bella,
del mismo sol palacio.
Divertirás algunos días en ella,
y después a Sevilla,
irás a ver la octava maravilla.

Que si a Octavio perdiste,
más galán es don Juan, y de Tenorio
solar. ¿De qué estás triste?
Conde dicen que es ya don Juan Tenorio;
el rey con él te casa,
y el padre es la privanza de su casa.

ISABELA.

No nace mi tristeza
de ser esposa de don Juan, que el mundo
conoce su nobleza;
en la esparcida voz mi agravio fundo,
que esta opinión perdida
es de llorar mientras tuviere vida.

FABIO.

Allí una pescadora
tiernamente suspira y se lamenta,
y dulcemente llora.
Acá viene, sin duda, y verte intenta.
Mientras llamo tu gente,
lamentaréis las dos más dulcemente.

Vase FABIO y sale TISBEA

TISBEA.

Robusto mar de España,
ondas de fuego, fugitivas ondas.
Troya de mi cabaña,
que ya el fuego, por mares y por ondas,

en sus abismos fragua,
 y el mar forma, por las llamas, agua.
 ¡Maldito el lino sea
 que a tu amargo cristal halló carrera,
 antojo de Medea,
 tu cáñamo primero o primer lino,
 espado de los vientos
 para telas de engaños e instrumentos!

ISABELA.

¿Por qué del mar te quejas
 tan tiernamente, hermosa pescadora?

TISBEA.

Al mar formo mil quejas.
 ¡Dichosa voz, que en su tormento, agora
 dél os estáis riendo!

ISABELA.

También quejas del mar estoy haciendo.
 ¿De dónde sois?

TISBEA.

De aquellas
 cabañas que miráis del viento heridas
 tan vitorioso entre ellas,
 cuyas pobres paredes desparcidas
 van en pedazos gravea,
 dando en mil grietas nidos a las aves.
 En sus pajas me dieron
 corazón del fortísimo diamante;
 mas las obras me hicieron,
 deste monstruo que ves tan arrogante,
 ablandarme de suerte,
 que al sol la cera es más robusta y fuerte.

¿Sois vos la Europa hermosa?
 ¿Qué (1) esos toros os llevan?

ISABELA.

A Sevilla

llévame a ser esposa
 contra mi voluntad.

TISBEA.

Si mi mancilla
 a lástima os provoca,
 y si injurias del mar os tienen loca,
 en vuestra compañía,
 para serviros como humilde esclava

(1) Qué, por dónde.

me llevad; que querría,
si el dolor o la afrenta no me acaba,
pedir al rey justicia
de un engaño cruel, de una malicia.

Del agua derrotado,
a esta tierra llegó don Juan Tenorio,
difunto y anegado:
amparéle, hospedéle en tan notorio
peligro, y el vil güesped
víbora fué a mi planta en tierno césped.

Con palabra de esposo,
la que de esta costa burla hacía,
se rindió al engañoso:
¡mal haya la mujer que en hombres fía!
Fuese al fin y dejóme:
mira si es justo que venganza tome.

ISABELA.

¡Calla, mujer maldita!

Vete de mi presencia, que me has muerto.
Mas si el dolor te incita,
no tienes culpa tú, prosigue el cuento.

TISBEA.

La dicha fuera mía.

ISABELA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fía!

¿Quién tiene de ir contigo?

TISBEA.

Un pescador, Anfriso; un pobre padre
de mis males testigo.

ISABELA.

(Ap.) No hay venganza que a mi mal tanto
Ven en mi compañía. [le cuadre.

TISBEA.

¡Mal haya la mujer que en hombres fía!
(Vanse.)

Salen DON JUAN y CATALINÓN

CATAL.

Todo en mal estado está.

D. JUAN.

¿Cómo?

CATAL.

Que Octavio ha sabido
la traición de Italia ya,
y el de la Mota ofendido
de tí justas quejas da,

y dice, que fué el recado,
que de su prima le diste
fingido y disimulado,
y con su capa emprendiste
la traición que le ha infamado.

Dice que viene Isabela
a que seas su marido,
y dicen...

D. JUAN.
CATAL.

¡Calla!

Una muela
en la boca me has rotpido.

D. JUAN.

Háblador, ¿quién te revela
tantos disparates junto?

CATAL.

¡Disparate, disparate!
Verdades son.

D. JUAN.

No pregunto
si lo son. Cuando me mate
Octavio: ¿estoy yo difunto?
¿No tengo manos también?
¿Dónde me tienes posada?
En la calle, oculta.

CATAL.

D. JUAN.

Bien.

CATAL.

La iglesia es tierra sagrada.

D. JUAN.

Di que de día me den
en ella la muerte. ¿Viste
al novio de Dos Hermanas?

CATAL.

También le vi ansiado y triste.

D. JUAN.

Aminta, estas dos semanas,
no ha de caer en el chiste.

CATAL.

Tan bien engañada está,
que se llama doña Aminta.

D. JUAN.

¡Graciosa burla será!

CATAL.

¡Graciosa burla y sucinta,
mas siempre la llorará.

(Descúbrense un sepulcro de Don Gonalo
de Ulloa.)

D. JUAN.

¿Qué sepulcro es éste?

CATAL.

Aquí

- D. JUAN. don Gonzalo está enterrado.
Éste es al que muerte di.
¡Gran sepulcro le han labrado!
- CATAL. Ordenólo el rey así.
¿Cómo dice este letrado?
- D. JUAN. «Aquí aguarda del Señor,
el más leal caballero,
la venganza de un traidor.»
Del mote refirme quiero.
¿Y habéis vos de vengar,
buen viejo, barbas de piedra?
- CATAL. No se las podrás pelar,
que en barbas muy fuertes medra.
- D. JUAN. Aquesta noche a cenar
os aguardo en mi posada.
Allí el desafío haremos,
si la venganza os agrada;
aunque mal refir podremos,
si es de piedra vuestra espada.
- CATAL. Ya, señor ha anochecido;
vámonos a recoger.
- D. JUAN. Larga esta venganza ha sido.
Si es que vos la habéis de hacer,
importa no estar dormido,
que si a la muerte aguardáis
la venganza, la esperanza
ahora es bien que perdáis,
pues vuestro enojo y venganza
tan largo me lo fisía.

Vanse y ponen la mesa des CRIADOS

- C. 1.º Quiero apercebir la cena,
que vendrá a cenar don Juan.
- C. 2.º Puestas las mesas están.
¡Qué fiema tiene si empieza!
Ya tarda como solía,
mi señor; no me contenta;

la bebida se callenta
y la comida se enfría.

Mas, ¿quién a don Juan ordena
esta desorden?

Entren DON JUAN y CATALINÓN

D. JUAN.

¿Cerraste?

CATAL.

Ya cerré como mandaste.

D. JUAN.

¡Hola! Tráigame la cena.

C. 2.º

Ya está aquí.

D. JUAN.

Catalinón,

siéntate.

CATAL.

Yo soy amigo
de cenar de espacio.

D. JUAN.

Digo

que te sientes.

CATAL.

La razón

haré.

C. 1.º

También es camino
éste, si come con él.

D. JUAN.

Siéntate.

(Un golpe dentro.)

CATAL.

Golpe es aquí.

D. JUAN.

Que llamaron imagino;
mira quién es.

C. 1.º

Voy volando.

CATAL.

¿Si es la justicia, señor?

D. JUAN.

Sea, no tengas temor.

(Vuelve el Criado, huyendo.)

¿Quién es? ¿De qué estás temblando?

CATAL.

De algún mal da testimonio.

D. JUAN.

Mal mi cólera resisto.

Habla, responde, ¿qué has visto?

¿Asombróte algún demonio?

Ve tú, y mira aquella puerta:

¡presto, acaba!

CATAL.

¿Yo?

- D. JUAN. Tá, pues.
Acaba, menea los pies.
- CATAL. A mi agüela hallaron muerta
como racimo colgada,
y desde entonces se suena
que anda siempre su alma en pena.
Tanto golpe no me agrada.
- D. JUAN. Acaba.
- CATAL. Señor, si sabes
que soy un Catalinón...
- D. JUAN. Acaba.
- CATAL. ¡Fuerte ocasión!
- D. JUAN. ¿No vas?
- CATAL. ¿Quién tiene las llaves
de la puerta?
- C. 2.º Con la aldaba
está cerrada no más.
- D. JUAN. ¿Qué tienes? ¿Por qué no vas?
- CATAL. Hoy Catalinón acaba.
¿Mas si las fersadas vienen
a vengarse de los dos?
*(Llega Catalinón a la puerta, y viene
corriendo; cae y levántase.)*
- D. JUAN. ¿Qué es eso?
- CATAL. ¡Válgame Dios!
¡Que me matan, que me tienen!
- D. JUAN. ¿Quién te tiene, quién te [mata]?
- CATAL. ¿Qué has visto?
Señor, yo allí
vide cuando... luego fui...
¿Quién me ase, quién me arrebatá?
Llegué, cuando después ciego...
cuando vile, ¡juro a Dios!...
Habló y dije, ¿quién sois vos?
respondió, y respondí luego...
topé y vide...
- D. JUAN. ¿A quién?

CATAL.

No sé.

D. JUAN.

¡Cómo el vino desatinal
Dame la vela, gallina,
y yo a quien llama veré.

(Toma Don Juan la vela y llega a la puerta. Sale al encuentro Don Gonzalo, en la forma que estaba el sepulcro, y Don Juan se retira atrás turbado, empujando la espada, y en la otra la vela, y Don Gonzalo hacia él, con pases menudes, y al compás Don Juan, retirándose hasta estar en medio del teatro.)

D. JUAN.

¿Quién va?

D. GON.

Yo soy.

D. JUAN.

¿Quién sois vos?

D. GON.

Soy el caballero honrado
que a cenar has convidado.

D. JUAN.

Cena habrá para los dos,
y si vienen más contigo,
para todos cena habrá.
Ya puesta la mesa está.
Siéntate.

CATAL.

¡Dios sea conmigo!
¡San Panuncio, San Antón!
Pues ¿los muertos comen, di?
Por señas dice que sí.

D. JUAN.

Siéntate, Catalinón.

CATAL.

No, señor, yo lo recibo
por cenado.

D. JUAN.

Es desconcierto:
¡qué temor tienes a un muerto!
¿Qué hicieras estando vivo?
Necio y villano temor.

CATAL.

Cena con tu convidado,
que yo, señor, ya he cenado.

D. JUAN.

¿He de enojarme?

CATAL.

Señor,

D. JUAN.

¡vive Dios que güelo mall
Llega, que aguardando estoy.

- CATAL. Yo pienso que muerto soy,
y está muerto mi arrabal.
(*Tiemblan los Criados.*)
- D. JUAN. Y vosotros, ¿qué decís?
¿Qué hacéis? (1). ¡Necio temblar!
- CATAL. Nunca quisiera cenar
con gente en otro país.
¿Yo, señor, con convidade
de piedra?
- D. JUAN. ¡Necio temer!
Si es piedra, ¿qué te ha de hacer?
- CATAL. Dejarme descalabrado.
- D. JUAN. Háblale con cortesía.
- CATAL. ¿Está bueno? ¿Es buena tierra
la otra vida? ¿Es llano o sierra?
¿Prémiasse allá la poesía?
- C. 1.º A todo dice que sí,
con la cabeza.
- CATAL. ¿Hay allá
muchas tabernas? Si habrá,
si Noé reside allí.
- D. JUAN. ¡Holal dadnos de beber.
- CATAL. Señor muerto, ¿allá se bebe
con nieve? (*Baja la cabeza.*)
Así, que hay nieve:
buen país.
- D. JUAN. Si oír cantar
queréis, cantarán. (*Baja la cabeza.*)
- C. 2.º Sí, dijo.
- D. JUAN. Cantad.
- CATAL. Tiene el seor muerto
buen gusto.
- C. 1.º Es noble, por cierto,
y amigo de regocijo.

(1) La *h.* aspirada, para no dejar el verso cojo.

(Cantan dentro):

*Si de mi amor aguardáis,
señora, de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!*

CATAL.

O es sin duda veraniego
el seor muerto, o debe ser
hombre de poco comer.
Temblando al plato me llevo.

Poco beben por allá;
yo beberé por los dos.
Brindis de piedra ¡por Dios!
Menos temor tengo ya.

(Bebe.)

(Cantan dentro):

*Si ese plazo me convida
para que gozaros pueda,
pues larga vida me queda,
dejad que pase la vida.*

*Si de mi amor aguardáis,
señora de aquesta suerte
el galardón en la muerte,
¡qué largo me lo fiáis!*

CATAL.

¿Con cuál de tantas mujeres
como has burlado, señor,
hablan?

D. JUAN.

De todas me río,
amigo, en esta ocasión.
En Nápoles a Isabela...

CATAL.

Esa, señor, ya no es hoy
burlada, porque se casa
contigo, como es razón.
Burlaste a la pescadora
que del mar te redimió,
pagándole el hospedaje
en moneda de rigor.
Burlaste a doña Ana...

- D. JUAN. *Calla,*
que hay parte aquí que lastó (1)
por ella, y vengarse aguarda.
- CATAL. Hombre, es de mucho valor,
que él es piedra, tú eres carne:
no es buena resolución.
*(Hace señas que se quite la mesa y queden
solos.)*
- D. JUAN. ¡Hola! quitad esa mesa,
que hace señas que los dos
nos quedemos, y se vayan
los demás.
- CATAL. ¡Malo, por Dios!
No te quedes, porque hay muerte
que mata de un mojiócn
a un gigante.
- D. JUAN. Salios todos.
¡Al ser yo Catalinón...!
Vete, que vienes.
*(Vansen, y quedan los dos solos, y hace se-
ñas que cierre la puerta.)*
- D. JUAN. La puerta
ya está cerrada. Ya estoy
aguardando. Di, qué quieres,
sombra o fantasma o visión.
Si andas en pena o si aguardas
alguna satisfacción
para tu remedio, dílo,
que mi palabra te doy
de hacer lo que me ordenares.
¿Estás gozando de Dios?
¿Dite la muerte en pecado?
Habla, que suspense estoy.
(Habla pece, como cosa del otro mundo.)
- D. GON. ¿Cumplirásme una palabra
como caballero?

(1) Fagar, mística.

- D. JUAN. Honor
tengo, y las palabras cumplo,
porque caballero soy.
- D. GON. Dame esa mano, no temas.
- D. JUAN. ¿Eso dices? ¿Yo temor?
Si fueras el mismo infierno
la mano te diera yo (Le da la mane.)
- D. GON. Bajo esta palabra y mano,
mañana a la diez estoy
para cenar aguardando.
¿Irás?
- D. JUAN. Empresa mayor
entendí que me pedías.
Mañana tu güesped soy.
¿Dónde he de ir?
- D. GON. A mi capilla.
- D. JUAN. ¿Iré solo?
- D. GON. No, los dos;
y cámpleme la palabra
como la he cumplido yo.
- D. JUAN. Digo que la cumpliré;
que soy Tenorio.
- D. GON. Yo soy
Ulloa.
- D. JUAN. Yo iré sin falta.
- D. GON. Yo lo creo. Adiós. (Va a la puerta.)
- D. JUAN. Adiós.
- D. GON. Aguarda, iréte alumbrando.
No alumbres, que en gracia estoy.
(Vase, muy poco a poco, mirando a Don
Juan y Don Juan a él, hasta que desaparecen,
y queda Don Juan con pavor.)

DON JUAN

¡Válgame Dios! Todo el cuerpo
se ha bañado de un sudor,
y dentro de las entrañas

se me hiela el corazón.
 Cuando me tomó la mano,
 de suerte me la apretó,
 que un infierno parecía:
 jamás vide tal calor.
 Un aliento respiraba,
 organizando la voz
 tan frío, que parecía
 infernal respiración.
 Pero todas son ideas
 que da la imaginación:
 el temor y temer muertos
 es más villano temor;
 que si un cuerpo noble, vivo,
 con potencias y razón
 y con alma, no se teme,
 ¿quién cuerpos muertos temió?
 Mañana iré a la capilla
 donde convidado soy,
 por que se admire y espante
 Sevilla de mi valor.

(Vase.)

Salen el REY, DON DIEGO TENORIO
 y acompañamiento

- REY. ¿Llegó al fin Isabela?
 D. DIEG. Y disgustada.
 REY. Pues ¿no ha tomado bien el casamiento?
 D. DIEG. Siente, señor, el nombre de infamada.
 REY. De otra causa procede su tormento.
 ¿Dónde está?
 D. DIEG. En el convento está alojada
 de las Descalsas.
 REY. Salga del convento
 luego al punto, que quiero que en palacio
 asista con la reina más de espacio.
 D. DIEG. Si ha de ser con don Juan el desposorio,
 manda, señor, que tu presencia vea.

REY.

Véame, y galán salga, que notorio.
 quiero que este placer al mundo sea
 Conde será desde hoy don Juan Tenorio
 de Lebrija; él la mande y la posea,
 que si Isabela a un duque corresponde,
 ya que ha perdido un duque gana un conde.

D. DIEG.
REY.

Todos por la merced tus pies besamos.
 Merecéis mi favor tan dignamente,
 que si aquí los servicios ponderamos,
 me quedo atrás con el favor presente.
 Paréceme, don Diego, que hoy hagamos
 las bodas de doña Ana juntamente.
 ¿Con Octavio?

D. DIEG.
REY.

No es bien que el duque Octavio
 sea el restaurador de aqueste agravio.
 Doña Ana con la reina me ha pedido
 que perdone al marqués, porque doña Ana,
 ya que el padre murió, quiere marido;
 porque si lo perdió, con él le gana.
 Iréis con poca gente y sin rúido
 luego a hablalle a la fuerza (1) de Triana;
 por su satisfacción y por su abono
 de su agraviada prima, le perdono.

D. DIEG.
REY.

Ya he visto lo que tanto deseaba.
 Que esta noche ha de ser, podéis decille,
 los desposorios.

D. DIEG.

Todo en bien se acaba.
 Fácil será al marqués el persuadille,
 que de su prima amartelado estaba.
 También podéis a Octavio prevenille.
 Desdichado es el duque con mujeres;
 son todas opinión y pareceres.

REY.

Hanme dicho que está muy enojado
 con don Juan.

D. DIEG.

No me espanto si ha sabido
 de don Juan el delito averiguado,

1) Por fortaleza.

que la causa de tanto daño ha sido.
el duque viene.

REY. No dejéis mi lado,
que en el delito sois comprendido.

Salen el DUQUE OCTAVIO

OCTAV. Los pies, invicto rey, me dé tu alteza.
REY. Alsed, duque, y cubrid vuestra cabeza.
¿Qué pedís?

OCTAV. Vengo a pedirlos,
postrado ante vuestras plantas,
una merced, cosa justa
digo de serme otorgada.

REY. Duque, como justa sea
digo que os doy mi palabra
de otorgárosla. Pedid.

OCTAV. Ya sabes, señor, por cartas
de tu embajador, y el mundo
por la lengua de la fama
sabe, que don Juan Tenorio,
con española arrogancia,
en Nápoles una noche,
para mí noche tan mala,
con mi nombre profanó
el sagrado de una dama.

REY. No pases más adelante,
Ya supe vuestra desgracia.
En efecto: ¿qué pedís?

OCTAV. Licencia que en la campaña
defienda como es traidor.

D. DIEG. Eso no. Su sangre clara
es tan honrada...

REY. ¡Don Diego!

D. DIEG. Señor.

OCTAV. ¿Quién eres que hablas
en la presencia del rey
de esa suerte?

D. DIEGO.

Soy quien calla
porque me lo manda el rey;
que si no, con esta espada
te respondiera.

OCTAV.

Eres viejo.

D. DIEGO.

Ya he sido mose en Italia,
a vuestro pesar, un tiempo;
ya conocieron mi espada
en Nápoles y en Milán.

OCTAV.

Tienes ya la sangre helada.
No vale *fui*, sino *soy*.

D. DIEGO.

Pues *fui* y *soy*.*(Empuñe.)*

REY.

Tened; basta;
bueno está. Callad, don Diego,
que a mi persona se guarda
poco respeto. Y vos, duque,
después que las bodas se hagan,
más de espacio hablaréis.
Gentilhombre de mi cámara.
es don Juan, y hechura mía;
y de aqueste tronco rama:
mirad por él.

OCTAV.

Yo lo haré,
gran señor, como lo mandas.
Venid conmigo, don Diego.

REY.

D. DIEGO.

(Aparte.) ¡Ay hijo! ¡qué mal me pagas
el amor que te he tenido!

REY.

Duque.

OCTAV.

Gran señor.

REY.

Mañana
vuestras bodas se han de hacer.
Háganse, pues tú lo mandas.

OCTAV.

*Vanse el REY y DON DIEGO, y salen
GASENO y AMINTA.*

GASENO.

Este señor nos dirá
dónde está don Juan Tenorio.

Señor, ¿si está por acá
un don Juan a quien notorio
ya su apellido será?

OCTAV.

Don Juan Tenorio diréis.

AMINTA.

Sí, señor; ese don Juan.

OCTAV.

Aquí está: ¿qué lo queréis?

AMINTA.

Es mi esposo ese galán.

OCTAV.

¿Cómo?

AMINTA.

Pues, ¿no lo sabéis

siendo del Alcázar vos?

OCTAV.

No me ha dicho don Juan nada.

GASENO.

¿Es posible?

OCTAV.

Sí, por Dios.

GASENO.

Doña Aminta es muy honrada.

Cuando se casen los dos,

que cristiana vieja es

hasta los huesos, y tiene

de la hacienda el interés,

.....

más bien que un conde, un marqués.

Casóse don Juan con ella,

y quitósele a Batricio.

AMINTA.

Decid cómo fué doncella

a su poder.

GASENO.

No es juicio

esto, ni aquesta querolla.

OCTAV.

(Aparte.) Esta es burla de don Juan,

y para vengansa mía,

éstos diciéndola están.

¿Qué pedís, al fin?

GASENO.

Querría,

porque los días se van,

que se hiciese el casamiento,

o querellarme ante el rey.

OCTAV.

Digo que es justo ese intento.

GASENO.

Y razón y justa ley.

OCTAV.

(Aparte.) Medida a mi pensamiento
ha venido la ocasión.

En el Alcázar tenéis
bodas.

AMINTA.
OCTAV.

¿Si las más son?
(Aparte.) Quiero, para que acertemos,
valerme de una invención.

Venid donde os vestiréis,
señora, a lo cortesano,
y a un cuarto del rey saldréis
conmigo.

AMINTA.

Vos de la mano
a don Juan me llevaréis.

OCTAV.
CASINO.
OCTAV.

Que de esta suerte es cautela.
El arbitrio me consuela.

(Aparte.) Estos vengansa me dan
de aqueste traidor don Juan
y el agravio de Isabela.

(Vase.)

Salen DON JUAN y CATALINÓN

CATAL.
D. JUAN.

¿Cómo el rey te recibió?
Con más amor que mi padre.

CATAL.
D. JUAN.

¿Viste a Isabela?

También.

CATAL.
D. JUAN.

¿Cómo viene?

Como un ángel.

CATAL.
D. JUAN.

¿Recibióte bien?

El rostro
bañado de leche y sangre,
como la rosa que al alba
revienta la verde cárcel.

CATAL.

¿Al fin, esta noche son
las bodas?

D. JUAN.

Sin falta.

CATAL.

[Si antes]
hubieran sido, no hubieras,
señor, engañado a tantas;
pero tú tomas esposa,
señor, con cargas muy grandes.

- D. JUAN. Di ¿comienzas a ser necio?
 CATAL. Y podrás muy bien casarte
 mañana, que hoy es mal día.
- D. JUAN. Pues ¿qué día es hoy?
 CATAL. Es martes.
- D. JUAN. Mil embusteros y locos
 dan esos disparates.
 Séle aquel llamo mal día,
 sciago y detestable,
 en que no tengo dineros;
 que lo demás es donaire.
- CATAL. Vamos; si te has de vestir,
 que te aguardan, y ya es tarde.
- D. JUAN. Otro negocio tenemos
 que hacer, aunque nos aguarden.
- CATAL. ¿Cuál es?
 D. JUAN. Cenar con el muerto.
- CATAL. Necesidad de necesidades.
- D. JUAN. ¿No ves que di mi palabra?
 CATAL. Y cuando se la quebrantes,
 ¿qué importa? ¿Ha de pedirte
 una figura de jaspe
 la palabra?
- D. JUAN. Podrá el muerto
 llamarme a voces infame.
- CATAL. Ya está cerrada la iglesia.
- D. JUAN. Llama.
- CATAL. ¿Qué importa que llamo?
 ¿Quién tiene de abrir, que están
 durmiendo los sacristanes?
- D. JUAN. Llama a este postigo.
- CATAL. Abierto
 está.
- D. JUAN. Pues entra.
- CATAL. Entra un fraile
 con su hisopo y estola.
- D. JUAN. Sigueme y calla.
- CATAL. ¿Que calle?

D. JUAN. Sí.
CATAL.

Dios en paz.
destos convites me saque.
(*Entran por una puerta y salen por otra.*)
¡Qué oscura que está la iglesia,
señor para ser tan grande!
¡Ay de mí! ¡Tenme, señor,
porque de la capa me aseni!

*Sale DON GONZALO como de antes, y encuéntrase
con ellos*

D. JUAN. ¿Quién va?

D. GON. Yo soy.

CATAL. ¡Muerto estoy!
D. GON. El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.

D. JUAN. ¿Me tienes
en opinión de cobarde?

D. GON. Sí, que aquella noche huíste
de mí cuando me mataste.

D. JUAN. Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante.
Dí presto lo que me quieres.

D. GON. Quiero a cenar convidarte.
CATAL. Aquí escusamos la cena,
que toda ha de ser fiambre,
pues no parece cocina.

D. JUAN. Cenemos.

D. GON. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.

D. JUAN. Y si te importa,
levantaré esos pilares.

D. GON. Valiente estás.

D. JUAN. Tengo brío

- y corazón en las carnes.
CATAL. Mesa de Guinea (1) es ésta.
 Pues ¿no hay por allá quien lave?
D. GON. Siéntate.
D. JUAN. ¿Adónde?
CATAL. Con sillas
 vienen ya dos negros pajes.
(Entran dos enlutados con dos sillas.)
 ¿También acá se usan lutos
 y bayeticas de Flandes?
D. GON. Siéntate tú.
CATAL. Yo, señor,
 he merendado esta tarde.
D. GON. No repliques.
CATAL. No replico.
 Dios en paz de este me saque.
 ¿Qué plato es éste, señor?
D. GON. Este plato es de alacranes
 y víboras.
CATAL. ¡Gentil plato!
D. GON. Éstos son nuestros manjares.
 ¿No comes tú?
D. JUAN. Comaré.
 si me dices áspid y áspides
 cuantos el infierno tiene.
D. GON. También quiero que te canten.
CATAL. ¿Qué vino beben acá?
D. GON. Pruébale.
CATAL. Hiel y vinagre
 es este vino.
D. GON. Este vino
 esprimen nuestros lagares.
(Cantan):
Advierten los que de Dios
 juzgan los castigos grandes,

(1) De color negro.

*que no hay plazo que no llegue
ni deuda que no se pague.*

CATAL. ¡Malo es esto, vive Cristo!,
que he entendido este romano,
y que con nosotros habla.

D. JUAN. Un hielo el pecho me parto.

(Cantan):

*Mientras en el mundo viva,
no es justo que diga nadie:
¡qué largo me lo ficial!
siendo tan breve el cobrarse.*

CATAL. ¿De qué es este guisadillo?

D. GON. De uñas.

CATAL. De uñas de sastre
será, si es guisado de uñas.

D. JUAN. Ya he cenado: has que levanten
la mesa.

D. GON. Dame esa mano;
no temas, la mano dama.

D. JUAN. ¿Eso dices? ¿Yo, temor?
¡Que me abraso! ¡No me abrases
con tu fuego!

D. GON. Esto es poco
para el fuego que buscaste.
Las maravillas de Dios
son don Juan, investigables (1),
y así quiere que tus culpas
a manos de un muerto pagues,
y si pagas desta suerte,
ésta es justicia de Dios:
«quien tal hace, que tal pague».

D. JUAN. ¡Que me abraso, no me aprietes!
Con la daga he de matarte.
Mas ¡ay! que me canso en vano

(1) Investigables.

- de tirar golpes al aire.
A tu hija no ofendí,
que vió mis engaños antes:
- D. GON. No importa, que ya puaiste
tu intento.
- D. JUAN. Deja que llame
quien me confiese y absuelva.
- D. GON. No hay lugar; ya acuerdas tarde.
- D. JUAN. ¡Que me quemol! ¡Que me abrasol
¡Muerto soy! (Cas muerto.)
- CATAL. No hay quien se escape,
que aquí tengo de morir
también por acompañarte.
- D. GON. Ésta es justicia de Dios:
«quien tal hace, que tal pague».
- Húndese el sepulcro con Don Juan y Don
Gonzalo, con mucho ruido, y sale Catalinón
arrastrando.*
- CATAL. ¡Válgame Dios! ¿Qué es aquesto?
Toda la capilla se arde,
y con el muerto he quedado
para que le vele y guarde.
Arrastrando como pueda
iré a avisar a su padre.
¡San Jorge, San Agnus Dei,
sacadme en paz a la calle! (Vase.)

Salen el REY, DON DIEGO y acompañamiento

- D. DIEG. Ya el marqués, señor, espera
besar vuestros pies reales.
- REY. Entre luego y avisad
al conde, porque no aguarde.

Salen BATRICIO y GASENO

- BATRIC. ¿Dónde, señor, se permite
desenvolturas tan grandes,
que tus criados afrenten

a los hombres miserables?

REY.

¿Qué dices?

BATRIC.

Don Juan Tenorio,
alevoso y detestable,
la noche del casamiento,
antes que le consumase,
a mi mujer me quitó;
testigos tengo delante.

Salen TISBEA, ISABELA y acompañamiento

TISBEA.

Si vuestra alteza, señor,
de don Juan Tenorio no hace
justicia, a Dios y a los hombres,
mientras viva, he de quejarme.
Derrotado le echó el mar;
dile vida y hospedaje,
y pagóme esta amistad
con mentirme y engañarme
con nombre de mi marido.

REY.

¿Qué dices?

ISABELA.

Dice verdades.

Salen AMINTA y el DUQUE OCTAVIO

AMINTA.

¿Adónde mi esposo está?

REY.

¿Quién es?

AMINTA.

Pues ¿aun no lo sabe?
El señor don Juan Tenorio,
con quien vengo a desposarme,
porque me debe el honor,
y es noble y no ha de negarme.
Manda que nos desposemos.

Sale el MARQUÉS DE LA MOTA

MOTA.

Pues es tiempo, gran señor,
que a las verdades se saquen,

sabrás que don Juan Tenorio
la culpa que me imputaste
tuvo él, pues como amigo,
pudo el cruel engañarme;
de que tengo dos testigos.

REY.

¿Hay desvergüenza tan grande?
prendelde y matale luego.

D. DÍAZ.

En premio de mis servicios
has que le prendan y pague
sus culpas, porque del cielo
rayos contra mí no bajen,
si es mi hijo tan malo.

REY.

¡Este mis privados hacen!

Señal CATALINÓN

CATAL.

Señores, todos oíd
el suceso más notable
que en el mundo ha sucedido,
y en oyéndome, matadme.
Don Juan, del Comendador
haciendo burla, una tarde,
después de haberle quitado
las dos prendas que más valen,
tirando al bulto de piedra
la barba por ultrajarle,
a cenar le convidó:
nunca fuera a convidarle!
Fué el bulto y convidóle;
y agora porque no os canse,
acabando de cenar,
entre mil presagios graves,
de la mano le tomó,
y le aprieta hasta quitalle
la vida, diciendo: «Dios
me manda que así te mate,
castigando tus delitos.
Quien tal hace, que tal pague.»

- REY.** ¿Qué dices?
CATAL. Lo que es verdad,
 diciendo antes que acabase,
 que a doña Ana no debía
 honor, que lo oyeron antes
 del engaño.
MOTA. Por las nuevas
 mil albricias pienso darte.
REY. ¡Justo castigo del cielo!
 Y agora es bien que se casen
 todos, pues la causa es muerta,
 vida de tantos desastres.
OCTAV. Pues ha convidado Isabela,
 quiero con ella casarme.
MOTA. Yo con mi prima.
BATRIC. Y nosotros
 con las nuestras, porque acabe
El Convidado de piedra.
REY. Y el sepulcro se traslade
 en San Francisco en Madrid,
 para memoria más grande.

D. JUAN. Sí.
CATAL.

Dios en paz.
destos convites me saque.
(*Entran por una puerta y salen por otra.*)
¡Qué oscura que está la iglesia,
señor para ser tan grande!
¡Ay de mí! ¡Tenme, señor,
porque de la capa me aseni!

*Sale DON GONZALO como de antes, y encuéntrase
con ellos*

D. JUAN. ¿Quién va?

D. GON. Yo soy.

CATAL. ¡Muerto estoy!

D. GON. El muerto soy, no te espantes.
No entendí que me cumplieras
la palabra, según haces
de todos burla.

D. JUAN. ¿Me tienes
en opinión de cobarde?

D. GON. Sí, que aquella noche huíste
de mí cuando me mataste.

D. JUAN. Huí de ser conocido;
mas ya me tienes delante.
Dí presto lo que me quieres.

D. GON. Quiero a cenar convidarte.
CATAL. Aquí escusamos la cena,
que toda ha de ser fiambre,
pues no parece cocina.

D. JUAN. Cenamos.

D. GON. Para cenar
es menester que levantes
esa tumba.

D. JUAN. Y si te importa,
levantaré esos pilares.

D. GON. Valiente estás.

D. JUAN. Tengo brío

SEMINARIO MULTIDISCIPLINARI
JOSE EMILIO GONZALEZ
FACULTAD DE HUMANIDADES
UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO
CAMPUS DE RIO PIEDRAS